

# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica **1933** Sábado 5 de Agosto

Núm. 5

Año XV. No. 645

## SUMARIO

Montaigne, patrono de los viajeros .....	G. Jean Aubry	Del homenaje chileno a Francisco Contreras .....	Armando Donoso, Domingo Meifi y Manuel Vega
Curada .....	Salarrué	El gobierno de Chile y la muerte en París del ilustre escritor Francisco Contreras .....	Carlos Deambrosis-Martins
José Priestley .....	José E. Muñoz	Sonetos inéditos .....	Claudia Lars
Qué hora es...? .....	Leopoldo Lugones	La maquinaria pesada de la justicia y el testimonio perdurable del deán Swift .....	Juan del Camino
Observación bibliotecaria .....	Elena Torres	Página lírica .....	J. J. Salas Pérez
Economía Doméstica. Los vestidos .....	León Pacheco		
Cuaderno de Apuntes .....			
André Gide o el demonio de la inquietud (2) .....			

## Montaigne, patrono de los viajeros

= De La Prensa. Buenos Aires. =

El 28 de febrero hará cuatrocientos años que nació Montaigne, y está siempre vivo. No hay espíritu más vigoroso, más actual, más moderno, que el que aparece en el libro inmortal que nos ha dejado.

Nunca más que en esta época de desorden y de credulidades en que vivimos se ha tenido necesidad de frecuentar con asiduidad las sagaces páginas de los "Ensayos". Están llenas de nuestras incertidumbres y de nuestras dudas, y al mismo tiempo de un vigor y de una prudencia a los cuales tanto nuestros cuerpos como nuestros espíritus no pueden conformarse sino con provecho. Hace ya más de tres siglos que muchos hombres han hallado el suyo, y no de los inferiores: un Shakespeare, un Pascal, un Goethe, entre otros.

Este último nos ha dejado el testimonio agradable de su simpatía por Montaigne. Un joven suizo, Federico Soret, tuvo la precaución de anotar las frecuentes conversaciones que tuvo con Goethe en el curso de una estadía de diez años en la corte del gran duque de Sajonia-Weimar; esas anotaciones sólo se han publicado últimamente. Goethe se muestra en su amable majestad, en su asombrosa variedad, en su rica familiaridad. Un día dijo a su joven oyente:

—Acabo de leer con mucho interés los viajes de Montaigne, y ciertos párrafos me han causado aún más placer que sus "Ensayos", y agregó con buen humor: "¿No es acaso una cosa esencial para mí, que soy tan aficionado a los congrejos, cuando veo a Montaigne, en su despreocupada conversación, contar que en todo su viaje y durante más de cien días tenía para cenar un plato de esos admirables

insectos? No puedo, acaso, sacar un provecho útil para la historia natural, y la prueba, desgraciadamente, es que la raza se ha aminorado; pienso que entonces eran monstruos capaces de avergonzar a los miserables animalitos que nos sirven hoy día".

En esta forma es como conviene leer a Montaigne, con una constante mirada hacia la vida familiar y para el uso de cada día; no para sacar la frialdad de austeras máximas, sino la cálida confortación de vivientes y humildes ejemplos.

Más feliz, en ese sentido, que Pascal y Shakespeare, Goethe pudo leer, se ve, no solamente los "Ensayos", sino también el "Viaje por Italia, Suiza y Alemania" de Miguel de Montaigne; durante cerca de dos siglos, no se había sospechado su existencia. Fué necesario que un erudito de provincia se interesara en querer esclarecer un punto de historia local, para descubrirlo, hacia 1770, en el fondo de un cofre polvoriento en el castillo de Montaigne. Se publicó inmediatamente, pero ha sido recientemente cuando

se ha hecho una reedición, como se dice, al alcance de todos. La primera que se hizo a fines del siglo XVIII no había pasado inadvertida al rápido golpe de vista de Goethe. Una recomendación tan importante debe merecer a esta obra muchos lectores que todavía no tiene; aunque no fuera más que entre los viajeros que, según se pretende, abundan en nuestra época. Podrán sacar provecho, y reconocer en Montaigne al patrono cordial y bienhechor de todos los que la curiosidad, la enfermedad, el aburrimiento, el deseo de huir de los demás o de sí mismo empuja con felicidad o desventuradamente sobre las diversas y limitadas rutas de este mundo.

No sin cierta emoción, el 22 de junio de 1580 el señor de Montaigne se despidió de su mujer y de su hija única, de sus servidores y de esa tierra y de ese castillo, a los que les tenía gran cariño, para tomar, por París, uno de esos innumerables caminos que conducen a Roma. El más prudente de los "montañistas", el doctor Arméingaud, de quien el señor Ricardo Sáenz Hayes nos habló recientemente, aquí mismo, en términos sutiles y justos, nos afirma que Montaigne tenía para hacer ese viaje, una razón doméstica, y que la señora de Montaigne, no estando siempre de un humor angelical, él no se sintió contrariado de sustraerse por algún tiempo a lo que llama en los "Ensayos" "las pequeñas espinas del matrimonio". Los más juiciosos tienen a veces las esposas más intratables. Sócrates, al respecto, no fué un ejemplo único, y Montaigne puede también servir de patrono a los maridos que la preocupación de la paz de su



Miguel de Montaigne

Dibujo de C. Ochagavía

hogar incita a salir a menudo de su casa.

Puede ser que hubiera tenido esa razón para emprender viaje, pero tenía, para decir la verdad, una más imperiosa todavía, pero no más amable. Padecía desde hacía algún tiempo de gota y de mal de piedra; había probado sin éxito las aguas de Bagnères. Le habían hablado de las de Plombières, de Bade, de Padua y de Lucca; resolvió probarlas todas sucesivamente y sin tregua; su eclecticismo se aplicaba a las aguas como a todas las otras cosas.

Tiene cerca de cincuenta años cuando emprende viaje; ha sentido ya la vida, conocido sus cargas y sus dolores, sus pesares, sus ligeros bienes. Ha redactado durante muchos años los "Ensayos" que, justamente, acaban de publicarse. Bien sabe que su ausencia no será de pocos días. Efectivamente, viajó un año y medio.

Para compensar su edad y el peso de sus males, se hace escoltar por cuatro jóvenes de buena familia, de los cuales ninguno tiene todavía veinte años. Su ardor calentará el suyo.

Antes de ponerse verdaderamente en marcha, va a París para presentar al rey Enrique III sus "Ensayos" y conducir a su última morada a un amigo que el fanatismo religioso acaba de llevar al otro mundo. Bajo esos fúnebres auspicios y molestado a menudo por su enfermedad, pero arrastrado por sus jóvenes compañeros y su propia curiosidad, se encamina gallardamente hacia Italia.

Ese viaje no es un simple paseo. A más de que frecuentemente tiene que levantarse mucho antes de la aurora, a pesar de "su habitual pereza de levantarse temprano", viaja a caballo y a veces tiene que estar diez horas montado. "He aprendido a hacer mis jornadas a la española, de una sola tirada"—dice en los "Ensayos"—. Y además, en 1580, las rutas no siempre son seguras; la peste reina en ciertos lugares; le impide ir a Zurich; en otros, son los bandidos y el rumor de sus hazañas lo que le hace desviarse de su camino entre Bolonia y Roma. Pero ni sus males, ni el cansancio, ni los peligros, le arrancan una queja, ni lo hacen apurar.

## OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería  
de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

—:—

Apartado 358

Su viaje no se asemeja en nada a esas trayectorias de hólidos ciegos que describen hoy día millares de cuerpos humanos en la superficie de la Tierra. No tiene horario fijado de antemano. "No trazo ninguna línea determinada, ni recta, ni curva", ha dicho de su propia filosofía; lo mismo hace con su ruta. Si la curiosidad lo tienta, se desvía para ir a ver algún lugar o algún personaje. Quiere ver y conocer. No sale de su casa para volverse a encontrar entre gascones, sus compatriotas, sino para ver otras naciones, otras costumbres y a través de ellas, un poco más adelante, el fondo del hombre mismo. "Para conocer bien la diversidad de costumbres y modalidades—nos dice su secretario—, se dejaba servir en todas partes a la moda de cada país, cualquiera que fuera la dificultad con que tropezara". Y en su "Diario" se le ve sin cesar, prestar atención al beber, al comer, al dormir, a la vestimenta de los hombres y de las mujeres; observa la clase de almohadas y de mantas, la de los utensilios de cocina; nada se le pasa inadvertido. No es un viajero sublime; la menor cosa lo detiene: lo consigna exactamente, tranquilamente, sin creer haber hecho un importante descubrimiento, sin pensar que nadie jamás ha observado nada antes que él.

Verá todo lo que el azar del viaje le proporcione; será sucesivamente una ejecución capital, una ceremonia de juicios, el exorcismo de un poseído. Mientras tanto, prueba las aguas; observa que la de Plombières "deja en la boca una suavidad igual a la regaliza". A todo le da vida para nosotros, por pequeños hechos de este género.

Tiene cincuenta años y el mal de piedra, pero la vista de los monumentos o de los paisajes no basta para contentarlo. Los primeros tiempos de sus estadías en Venecia y en Florencia, se queja de no haber visto todavía lindas mujeres en Italia.

No es un viajero sublime, ni un insensible, ni uno de aquellos que nada asombra ni decepciona. Ha encontrado que Venecia "es distinta a lo que se la había imaginado y un poco menos admirable", pero permanece allí una semana y se encuentra a gusto. Prefiere la realidad a los sueños. "Toda su vida ha desconfiado—nos dice en su "Viaje"—del juicio de los demás respecto a las comodidades de los países extranjeros; no sabiendo, cada cual, apreciar más que siguiendo el orden de sus costumbres y de la modalidad de su pueblo".

Durante más de diecisiete meses, no se preocupará ni de sus costumbres ni de su pueblo, y sin olvidarlos, sin embargo, sabe gozar de lo que ve.

La prisa que tenían sus jóvenes compañeros de llegar a Roma, por la agradable reputación de que gozaba entonces, debió hacerles aceptar, a veces, con cierta impaciencia, la indolencia de Montaigne. "Sin ellos, tal vez hubiera ido—nos dice—a Cracovia o bien a Grecia, hacia donde su humor lo llevaba". Puede lamentarse que su viaje no haya conocido tales desvíos; pero tal como es, por Lorena, Suiza, Baviera, el Tirolo e Italia, encierra ligeros dibujos trazados por una mano maestra y segura.

Si no se hubiera enterado, mientras estaba en Lucca, de que sus compatriotas lo habían nombrado alcalde de Burdeos, su ausencia y su "Diario" hubieran sido más extensos; pero no es ni por la duración ni por la singularidad que su viaje y su "Diario" pueden servir de ejemplo a los viajeros de nuestra época, sino por el espíritu que presidió tanto al uno como al otro.

Montaigne nos da ahí el saludable ejemplo de su indolente placer. Los viajeros de hoy día son casi todos, según la fuerte expresión de Enrique de Montherlant, "viajeros perseguidos", llevados por el deseo de alcanzar lo más rápidamente no se sabe qué, de llegar lo más pronto posible a un punto del mundo y re-

gresar con gran precipitación para contar que ellos han estado allí. Montaigne les enseñará que hay que saber medir hasta su curiosidad y que demasiada curiosidad impide, frecuentemente, ver bien. Acaso no es edificante esta anécdota de un volumen manuscrito de Séneca, que le mostraron en la Biblioteca vaticana, sin que lo hubiera pedido, cuando el embajador de Francia, a quien este libro interesaba, no había conseguido verlo, y le había asegurado que no lo mostraban. Esto hace decir a Montaigne, con mucho juicio: "Todas las cosas son así; fáciles por ciertos caminos e inaccesibles por otros. La ocasión y la importancia tienen su privilegio, y a menudo ofrecen al pueblo lo que rehusan a los reyes. Frecuentemente, la curiosidad se abstiene ella misma, como también lo hace la grandeza y la potencia".

Fuerte lección para todos aquellos que piensan que la importancia del viaje depende de la distancia y del dinero que se emplea, y no únicamente de la calidad del viajero. Montaigne les enseñará que sus viajes precipitados, a los cuales a veces dan tanta importancia, no son gran cosa en comparación de aquel que él hizo sin apuro y del cual no pensó publicar el relato. Viajó sin la preocupación de hacer un libro, pero abriendo los ojos, el oído atento, escuchando bien y hablando poco.

El les enseñará... El les enseñará... si quisieran escuchar; pero quién podría vanagloriarse de enseñar a esos turistas torrenciales, sujetos a horarios y a guías, compañeros casi tan odiosos como la gota y el mal de piedra, enemigos de nacimiento de la sociedad, la más ventajosa que haya que asegurarse para un viaje: la de la indolencia y del azar.

De regreso de sus agitaciones precipitadas y estériles, sentados al lado del fuego en el barrio tranquilo de una ciudad, o en la quietud de una casa de campo, tal vez, si el "Viaje de Montaigne" les cae entre las manos, reconocerán su sencilla y fuerte sabiduría y honrarán, un poco tarde y con cierta envidia, al patrono saludable y cordial de los que aun saben, como la tortuga de la fábula, asegurarse una provechosa lentitud.

G. Jean Aubry

# Curada

= De Patria. San Salvador. Envío de Adolfo Ortega Díaz =



Dibujo de Salazar Herrera.

Amanecía siempre al sol, como los pájaros. Era alegre de pura salud. Cuando el dichoso fué contaba su historia de dos palabras desde la rama de los bambujes ya la María Helena estaba pepinando nances, cortando margaritas o clavelones. Se había bañado ya y llevaba el pelo mojado sobre la espalda. La peineta se le escapaba siempre a quer. Llevaba siempre bien hechita la corbata del delantar, por la cintura. Sus ojos relumbraban de puro cholotona quera. Detrás del escote de cambrai se advertía que la fruta taba madura y jugosa. Cuando hablaba se oiban como campanas de corazón, campanas de todos los amores que se destiñen. Cuando pasaba güelía empuerca a limpiez de corpulencia, incitando mordiscos en los dientes mangueros.

—¿Qué cipota más purarriata, don Melecio!

—Galana la endisuela, igual que su tía Ernestina. Y se le parece en la frente, en la boca, en la nuca y hasta en la alzada.

—¿Veya que sí!...

La casita tenía corredor; el corredor canastas; las canastas hermosas colas de gallo, parásitas, geranios, y unos magueyes inanos que bía mercado el coronel en la ciudá.

Por una ventanita se asomaba a ratos, entre las cortinas cheles. Ponía los codos y se horqueteaba los cachetes mirando pal cielo como si buscara otro ángel que liciera compañía. A ratos se

mascaba las madejas de pelo, quizá para quitarse la ñevosera.

Llegada la fiesta de la virgen, con permiso y con dinero del coronel, puso una venta en la plaza del pueblo. Tenía fresquería con minuta al gusto. Pero la fresquería era ella. Con su vestido rosado salmón debajo del entoldado de lona iba y venía sonriendo almirada por los clientes; contestando los piropos como quien no se deja. Carpintera de la frescura cepillaba sudorosa la tabla fina y trasparente de la marqueta. Al serrín le echaba sangre.

Un tristor bárbaro le bía entrado en el alma a la María Helena. Pasaba horas y horas en la ventana, mirando el carago. No comía. La señá Josefa taba aflegida.

—¿Qué tenés paludís, oyó...

—No mamita... Es que...

—¿Puerca, vos, no tiabrá inamorado dialguno?...

—¿A, mí mama, tan...!

Cada cuarto diora, como los relojes, suspiraba escandalosamente y se doblaba la punta del delantar. A ratos se estaba cortándose las uñas con las tijeras: "cliats, cliats, cliats, cliats".

—¿Ya me tenés agilada con esas tus tijeras, muchacha! ¿Te vas a dejar solo los troncones!

Cerraba los ojos mirando pararriba. A ratos se peinaba furiosamente con los diez dedos, paratrás, paratrás, echándose la cabeza a la espalda. Después

arrojaba todo el pelo sobre las rodillas, hundía la cara en los muslos y se ponía a llorar.

Don Melecio pegó los labios al oído de la señá Josefa, se puso la mano de mampara y lo soltó por fin aquel secreto redondito que todos los días traiba como moneda choca que se quiere hacer pasar.

—¿Ta curada!...

—¿Ave María santísima, por qué dice eso?...

—Yo sé lo que le digo. Ta curada, y si no la atiende se le enloca.

—¿Dios me guarde!...

—Lo mejor que puede hacer es consultar a la negra Domitila.

—¿A la negra Domitila??... ¡Jesús, soy pecadora, pero no a tal recurso!...

—Pues ella sabe sacar males desta clase. Aura... Yo no me meto, pero como amigo, la alvierto...

La negra Domitila era posesa del carbunclo saltón, del sapo caliente, de la culebra sobadora, de la piegra del zope, del huishte del buen parir, del ojuemomo tuerto y de la pasandinga. Hacía hervir lagua sin juego; cambiaba la canela en ocote; prensaba lenguas de vaca olera; enfrescaba los güevos güeros con sólo tentarlos, y vendía, desde el bebedizo del amor pasionero, hasta las zoguillas de huesito-e-rana para la tos de los chuchos. Le ayudaban la Mercedes Cornejo, la carnicera, y la india Vicenta que a la vez le servía de criada y consejera.

Cuando don Melecio llegó con la señá Josefa y la María Helena, estaban las tres viejas brujas detrás del rancho, junto a los saites, entretenidas en probar con la lengua el potente de unos morros. Aquellos que estaban dentrada los ponían aparte.

—Denmen cinco pesos para ponerlos debajo desta jícara—ordenó la negra Domitila.

La señá Josefa obedeció sin chistar.

—Aura, que la niña agarre este batiador y que se siente allí en el cuero. Y ustedes se adistancian tantito.

Como sonámbula se sentó la María Helena en el cuero olisco de buey accidentado y cogió el batiador. La señá Josefa y don Melecio se retiraron debajo de un amate y esperaron.

La negra miró fiio a la muchacha.

—Decíme, joven hermosa: joven adolescente; criatura del templo: jlor del cordero; posol de oro; vidrio de cristal; agua serenada de serín serenaca; persecusión del pocuyo, de la oración a la cama, de la cama a lalba, de lalba a la noche, hasta que ronca la chancha del sucunún sucunado, cachudo morado, bolzón de chicha, tarrón de maíz, del checa, chaca, del churri, churri, que te mordió. ¿quién es el bebedero, quién es el cipe certero que te curó?

Dijo esta jerigonza con voz profunda de exorcismo, mientras la curada entraba en un temblor creciente que hacía derramar el agua contenida en el batiador sobre un brasero humeante y chisporrotero. Luego la bruja se levantó

de su asiento y empezó a rociar la cara de la joven con el agua del desencanto hasta que la paciente entró en franca epilepsia, dió dos gritos, se tiró una carcajada y empezó a decir a voces:

—¡El capitán, el capitán!...

Luego cayó desmayada y entre don Melecio y las mujeres la trasladaron al rancho y la pusieron sobre el tapexco. Quedó como adormecida y como sonriente.

Salarrué

## José Priestley

(1733 - 1804)

De un sabio químico inglés,

y a propósito del segundo centenario de su nacimiento

= Envío del autor. Quito =

Seguir la Historia de la Química, es seguir la historia maravillosa y fantástica del progreso y la civilización humanas.

A ninguna ciencia debe tanto el mundo su bienestar, su riqueza, su comodidad y hasta el conocimiento de sí mismo, como a la Química. Justo es, pues, que la edad presente rinda homenaje de gratitud y admiración a los hombres que en pasados tiempos supieron imponerse al medio—por demás intransigente, desde luego—en que les tocó actuar y dejaron a la posteridad el recuerdo de su paso y de la labor fructífera de su ciencia, que ha servido para formar los cimientos sobre los que descansa el grandioso edificio de la ciencia contemporánea.

Cuando tranquilamente se disfrutan hoy de las conquistas y aplicaciones de los descubrimientos de los sabios del pasado, rara vez se piensa lo que en aquellos tiempos significaba la enunciación de una ley, el descubrimiento o explicación de un fenómeno, ante el criterio atónito de las multitudes de esas épocas, que, por demás aferradas a los dogmas y prejuicios medio místicos, no aceptaban ninguna idea nueva y que por ser tal vez audazmente enunciada, les parecía una irreverencia o una cosa diabólica, hasta el extremo que sus autores eran perseguidos y juzgados como perniciosos a la buena moral y condenadas sus ideas, por contrarias a las revelaciones divinas.

Pero al andar de los tiempos, esas ideas y esos descubrimientos han servido para provecho del hombre, para la curación de sus males, para el incremento de la riqueza, para el desarrollo de la industria, para la protección contra las enfermedades, etc., lo que supone para los iniciadores largos años de sacrificio, de estudio y de abnegación. El calendario científico está lleno de los nombres de los apóstoles y mártires de la ciencia.

Por esto, es muy justo que las generaciones de este siglo recuerden con gratitud a los que sacrificaron su juventud, su fortuna y su vida misma persiguiendo "el secreto de la verdad".

Uno de esos hombres fué José Priestley, cuyo 2º centenario de su nacimiento se conmemora este año y a quien

—¡Ta curada, ya la descuró! — dijo en tono jubiloso don Melecio.

—¡Bendito seya Dios!...

La negra Domitila jué a un hornillo del poyo, cogió un guacal de café helado y dió dos tragos con fruición. Luego, con el más cachazudo convencimiento dijo dirigiéndose a la madre:

—¡Ya sirá poniendo bien, hijita, lo que le pasa es que tencinta diun melitar!...

tanto le debe la ciencia moderna después de 200 años.

El nombre de Priestley figura en el período científico que se inicia en el siglo xviii, con José Black (1728-1799) y termina con la muerte de Lavoissier, en 1794; a este espacio de tiempo la Historia de la Química, designa con el nombre de "Período de Lavoissier", por ser este sabio el que reúne, sintetiza y ordena, los descubrimientos, hipótesis, leyes y deducciones de sus contemporáneos y es al mismo tiempo el observador más genial y afortunado.

Y es así como surge en esa época la pléyade brillante de sabios nórdicos, correspondiendo a Inglaterra ser la cuna de tres célebres: Joseph Black, Henri Cavendish y Joseph Priestley. Suecia, en cambio, se enorgullece de Carlos Guillermo Sheele, tan modesto como grande. En fin, en Francia surge Lavoissier, el que da su nombre y llena con su fama todo el período.

Priestley nace en Fieldhead, cerca de Leeds, (Inglaterra) el 13 de marzo de 1733, iustamente en el tiempo en que los químicos de ese entonces, guiados todavía por Stahl y Boyle, aceptaban la idea del "flogisto" o sea el agente misterioso o gas inaprehensible que escapaba de las combustiones y calcinaciones de los cuerpos metálicos, en especial de los que hoy conocemos por "carbonatos". Era todavía la época de las discusiones mitad filosóficas y mitad físicas, en las que se hacía gala de sutileza, para explicar lo que no se entendía.

El padre del futuro sabio era fabricante de paños y trataba de que su hijo continuara su oficio. Pero cuando el pequeño Joseph apenas tenía 6 años, muere el padre y el huérfano queda a cuidado de su tía la señora Keighley, ferviente calvinista, que para preparar y formar la educación religiosa de su sobrino, reunía en su casa a creyentes y sacerdotes de las diversas sectas disidentes. Pero este sistema más bien contribuyó para que el niño, con su aguda percepción y comprensión, optara por un reacio escepticismo. Esto y sus dotes de observador genial, sería la causa de que más tarde la carrera eclesiástica a la que se sentía inclinado y que la abrazó, le deparara las más tristes decepciones.

A los 16 años ingresa en un Semina-

rio y al terminar sus estudios teológicos en él, fué designado predicador en Needham-Misket, pequeño pueblo del condado de Suffolk, en 1755. Más tarde, en 1758 fué pastor del pueblo de Nantwich, donde fundó una escuela.

Aquí comienza a revelarse su genio, pues que, a fuerza de privaciones y economías, consigue comprarse algunos aparatos de física y lleva a cabo trabajos tan importantes que llaman la atención de la Academia de Warrington, la que lo trae a su seno, al mismo tiempo que le ofrece la cátedra de ciencias en 1761.

En 1762, es decir, a los 29 años, contrae matrimonio con la hija de un herrero del país de Gales. Al poco tiempo pasa a Francia, en donde conoce a Price y al americano Franklin, ya famoso por sus trabajos de Física.

En 1766 la Real Sociedad de Londres le elige su miembro y en el mismo año la Universidad de Edimburgo le otorga el título de doctor en derecho "honoris causa".

Por esa época el célebre almirante Cook, prepara su segundo viaje a los mares del Sur y solicita la compañía de Priestley, para que él sea el observador científico y al mismo tiempo el capellán de la expedición. Pero los enemigos religiosos — presbiterianos y ortodoxos—de Priestley, poniendo por pretexto la poco edificante devoción del sabio, alcanzan del Gobierno que no le otorgue el nombramiento y Cook parte sin la compañía del acusado pastor.

Poco después Lord Shelburn, marqués de Landsdowns, le hace su bibliotecario y lector y por algún tiempo es su magnífico protector: con él viaja por Francia, Alemania y los Países Bajos. Ese viaje le es muy beneficioso, porque durante él conoce a los sabios de más renombre de esos países y escribe sus observaciones personales: políticas, religiosas, económicas y científicas de cada una de las naciones que visita.

Las ideas filosóficas de los enciclopedistas franceses le apasionan y como coincidían con las suyas, hacen de él un admirador ferviente de la Revolución Francesa y de sus postulados. Todo esto le indisponen con sus compatriotas, hasta que el mismo Lord Shelburn le retira su protección, si bien sigue respetando el compromiso de entregarle su pensión vitalicia, asignada antes.

Entre 1780-1781 fija su residencia en Birmingham; en esta ciudad continúa sus trabajos científicos y su propaganda teológica y filosófica.

A pesar de las contrariedades sufridas por sus ideas enciclopedistas, no las oculta, ni deja de propagarlas; en Birmingham, se indisponen por ello, con católicos y protestantes. En cambio, en Francia se le aprecia tanto que se le nombra "ciudadano francés de honor" y es candidato a la Convención Nacional. En 1791 organiza en la ciudad últimamente citada, con unos pocos amigos y simpatizadores de la Revolución Francesa, una fiesta en conmemoración de la Toma de la Bastilla; mientras ellos cantaban la Marsellesa y brindaban por

el triunfo universal de los Derechos del Hombre, las multitudes fanáticas exasperadas, asaltan su casa saquean su biblioteca y laboratorio y destruyen sus preciosos manuscritos.

Amargado por esto, se retira a Hackney y en el Colegio de esta ciudad dicta clases de Química, durante tres años.

Pero la pérdida de sus bienes y más que todo de sus manuscritos, en el asalto a su casa en 1791, le envenena el alma y la ingratitud de sus contemporáneos le hace tomar la resolución de pasar a los Estados Unidos. En efecto, se embarca el 14 de abril de 1794, en Southampton; llega a América después de un lento viaje accidentado, y fija su residencia en Northumberland, en el Estado de Pensylvania.

Más ni allí puede gozar de la tranquilidad que buscaba, sino cuando subió al poder su grande amigo Jefferson, pues acusado de espía francés por los mismos ingleses, fué perseguido muchas veces. En Northumberland tuvo el dolor de ver morir, con poco intervalo de tiempo, a su mujer y a su hijo menor.

En 1801 adquiere una enfermedad al estómago que lo consume lentamente y en fin, muere de una manera edificantemente piadosa, el incomprendido sabio, el 6 de febrero de 1804, en su finca situada en la ciudad americana de Northumberland, que fué su último albergue.

Las obras de Priestley que señalan su paso por el mundo y dan la medida de su asombrosa fecundidad intelectual, pueden dividirse en tres categorías: filosóficas, científicas y de cultura general.

Las primeras suman un total de cuarenta y cinco, aparte de sus propias Memorias y otros escritos menos importantes de esa índole. Entre ellas se destacan, por su profundidad filosófico-sociológica y su valentía—audaz para esos tiempos—, las siguientes: *The Scripture Doctrine of remission* (1761); *Institutes of Natural and Revealed Theology* (1782); *History of Corruptions of Christianity* (1782); *Discours on the evidence of revealed religion* (1796-1797); *A comparision of the Institutes of Mose with these of the Hindous and other ancient Nations* (1799); *Socrates and Jesus* (180').

Sus principales escritos científicos son: *The History and present State of Electricity* (1767) escrito por encargo del físico Franklin; *Directions for impregnating water with fixed air* (1772); *History and present State of discoveries relating to vision, lighth and colours* (1772); *Experiment and Observations relating to various branches of Natural Philosophy* (1779-86), (traducida al francés, alemán e italiano); *Considerations on the doctrine of phlogisten and the decomposition of water* (1796-97).

Sus dotes de lingüista eximio, le permiten escribir obras notables que versan sobre esta clase de estudios y entre ellas hay que mencionar su famosa *Theory of language and universal language*.

El aspecto político de las naciones que visita, también le atrae y con ese

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

motivo escribe dos obras sobre la Revolución Americana y las *Maximas of political arithmetic*.

No se puede pasar por alto el dominio que obtuvo de varias lenguas, estudiadas durante su juventud. Poseía perfectamente el árabe, siríaco, caldeo; el francés, alemán e italiano. Así, pudo beber en las propias fuentes, el saber y la cultura de esos pueblos.

En cuanto a su contribución al progreso de la Química, hay que mencionar su descubrimiento del oxígeno, del amoníaco, del gas sulfuroso y del gas carbónico; son memorables sus trabajos sobre la constitución de la atmósfera, que le ocupan durante el año 1774.

Reteniendonos al descubrimiento del oxígeno, hay que reconocer que indudablemente es Priestley el autor, aunque mucho más tarde Lavoissier se aprovecha de los datos para atribuírselo. Pero también es verdad que casi simultáneamente con Priestley, Sheele, en Suecia, obtiene también el mismo cuerpo. En cuanto a las fechas en que ambos sabios realizaron sus hallazgos, está demostrado que al sabio que nos ocupa, corresponde la prioridad.

Las investigaciones que realiza en 1772 versan sobre los siguientes temas: Del aire fijo; del aire en el cual se ha hecho arder una candela o el azufre; del aire inflamable; del aire infectado por la respiración y la putrefacción; del aire en el cual se ha colocado una mezcla de azufre y limalla de hierro; del aire nitroso; del aire infectado por el vapor de carbón encendido; del efecto que produce sobre el aire la calcinación de los metales y los efluvios de la pintura hecha con aceite y blanco de plomo; del aire ácido. (Hemos dado las denominaciones textuales a la enunciación de los temas).

Como hemos dicho antes, en 1774 se ocupa del estudio de la constitución de la atmósfera y coordinando estos estudios con los del aire viciado, observa, deduce y demuestra—adelantándose en 100 años—que la vegetación sana el aire impurificado por la respiración animal y las putrefacciones, poniendo así, al día, uno de los fenómenos más importantes de la Naturaleza.

Para demostrar esto se adelanta a la

experimentación fisiológica y es de los primeros y pocos que emplea los animales vivos, para sus observaciones.

Descubre y prepara el bióxido de nitrógeno y su técnica es la misma que la de nuestros días: acción del ácido nítrico sobre los metales, especialmente cobre y mercurio.

El protóxido de nitrógeno lo descubre y prepara Priestley, haciendo actuar durante algún tiempo la mezcla húmeda de azufre y fierro húmeda, sobre una atmósfera de bióxido de nitrógeno. Al gas que obtiene le denomina: "aire nitroso deflogisticado".

Prepara por primera vez el ácido clorhídrico puro, reformando los métodos de obtención entonces conocidos.

Determina la constitución del gas sulfuroso que lo llama "aire ácido vitriólico" y la del gas carbónico, junto con sus propiedades.

Todos estos cuerpos cuya obtención, aplicaciones o propiedades han sido mejor estudiadas después, han contribuido a los grandes progresos de la Química, la Medicina, la Industria, las Artes, la Higiene, etc., fueron descubiertos y estudiados por Priestley, el gran sabio inglés, al que no supieron comprender ni apreciar sus contemporáneos.

Tal es el hombre y tales son sus obras, con las que dejó huella indeleble de su paso por el mundo.

En este año en que se conmemora el II Centenario de su nacimiento, hemos querido trazar estas líneas, como un pequeño homenaje recordatorio a su memoria ilustre y hemos deseado que del Ecuador, salga también esta insignificante manifestación que se junte a las que se han celebrado o vayan a celebrarse en el mundo entero, en honor del sabio Priestley, gloria de Inglaterra y hombre cuyo ejemplo de saber, abnegación y constancia, debe quedar para ejemplo de las generaciones venideras.

Dr. José E. Muñoz,  
Químico.

Quito, junio 13 de 1933.

BIBLIOGRAFIA:

- J. Smith. - *Discours on the Seath Priestley*.  
Fontvielle. - Priestley.  
T. E. Thorpe. - *Priestley in English Men of Sciences Series*.  
M. Delacre. - *Histoire de la Chimie*.



## Qué hora es...?

*Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...*

### Observación bibliotecaria

= De Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Buenos Aires =

Durante los diecisiete años que llevo en la dirección de la Biblioteca Nacional de Maestros, he notado un hecho lamentable que creo interesante poner en conocimiento del público y de las autoridades docentes, por lo que significa para nuestra cultura: consiste en la ignorancia creciente de los idiomas extranjeros más usuales y necesarios, como el francés, el italiano y el inglés, por parte de los asistentes a dicha casa; siendo de advertir que el noventa y seis por ciento de los mismos, corresponde a estudiantes de las distintas enseñanzas.

Excluídos los de la elemental y la secundaria, que no aprenden idiomas extranjeros, o que se hallan estudiando los, era corriente en el primer tiempo de mi servicio, que la indicación de consultar obras en italiano y en francés, fuera seguida por los lectores, sin contar el pedido de las mismas, anotado con preferencia igual, sobre todo cuando se trataba de medicina y derecho. Menos habitual, aunque no raro, las obras en inglés tenían, asimismo, una clientela apreciable. En cuanto a las de la lengua alemana, su lectura fué siempre reducida hasta lo insignificante.

Sucedé, ahora, todo lo contrario. El lector, por lo común estudiante, que acude a la dirección en demanda de indicaciones amplificatorias o concurrentes, rechaza las obras en italiano y en francés, que al efecto se le ofrece, porque ignora esas lenguas hasta para suplirse con una lectura defectuosa. El inglés parece hallarse eliminado de la cultura estudiantil, aunque su aprendizaje es obligatorio.

La preferencia por las traducciones aumenta en proporción; y como son generalmente malas, no sólo por su redacción, sino por su inexactitud, es de prever el resultado de los estudios efectuados en ellas. Gran parte de la pobreza y la confusión que aumentan igualmente en nuestro lenguaje, debe atribuirse a semejantes lecturas, sobre todo cuando se trata de la redacción, peor aún que la expresión hablada. El mal texto, que empieza por ofrecer en la escuela primaria verdaderos horrores, hace estragos en las enseñanzas secundarias, normal y superior, agravándolos todavía con esas traducciones cuyo propósito comercial persigue ante todo la baratatura, mediante el salario reducido de per-

sonas que a más de ignorar la materia tratada, y no pocas veces la misma lengua original, tienen que apelar a la abundancia premiosa, lo que es decir incorrecta, para aumentar sus emolumentos. La irresponsabilidad de la traducción es, así, de regla. Todo ello viene anónimo, o abonado por firmas venales cuyos dueños suelen empezar por no leer lo que suscriben.

Sólo quien se halla obligado por su desempeño a conocer tamañas cargazonas, puede apreciar el atentado de lesa cultura que significa su aplastadora difusión.

Pero más grave es aún el aislamiento del mundo civilizado en que eso nos pone, dada la inferioridad de la producción científica y literaria que padecen por lo general los países de nuestra lengua. Perdemos, así, uno de los instrumentos más eficaces entre los que, desde su principio, contribuyeron a la formación de la nacionalidad, hasta ser una de nuestras más recomendables aficiones. Y es, entonces, de sano patriotismo reaccionar cuanto antes contra esa ignorancia fatal que somete nuestra juventud a la miseria más triste, que es la del alma.

Reacción, he dicho, y esta palabra adquiere, en el caso, una afligente ironía, si se considera que esa misma juventud, especialmente la universitaria, pro-

fesa en gran parte la ideología internacional llamada "izquierdismo" por denominación genérica, aceptando autoridades y apostolados extranjeros cuyas doctrinas, a lo que se cuenta, sólo conoce por traducción. Y qué traducción, como queda dicho.

Su extranjerismo, pues, se califica por sí solo. De segunda mano como los textos que lo inspiran, y que, por cierto, conozco bien, más de una vez me he preguntado, leyendo, por ejemplo, el de Marx en su embrollada, fragmentaria y contradictoria totalidad—casi mil seiscientas grandes páginas de la traducción española de Pedroso, a razón de setecientas cincuenta palabras por página, en término medio—si los que con tanta decisión se califican de marxistas, conocerán, en efecto, aquella maraña, donde, con inesperada verdad, resulta haber mucho más de burgués que de socialista!...

Pero, tal es el destino de todas las biblias, y por ello dije alguna vez, que las "ideas avanzadas" suelen ser con gran frecuencia el evangélico tesoro de los que no tienen ninguna. Analfabetos o primarios, que tanto da en la ocasión, y con ello adeptos a la sociología de quiosco.

Y tal es la situación en que nos hallamos. La patria, está reduciéndose en el alma de su juventud estudiosa que es su esperanza viviente. Su comunicación con el mundo se estrecha hasta para la ideología extranjera que propagada por las traducciones del antedicho jaez, resulta un mero contrabando de pacotilla. El propio idioma nacional, empobrecido por esa incomunicación, degenera en forma tan miserable, que a continuar por semejante vía, transformarse, como es de ver, en el presidario e inmundo caló del tango.

Leopoldo Lugones

## Economía Doméstica. A

*Pláticas para mujeres campesinas y de poblaciones pequeñas*

### 8.—Los vestidos

(Véanse, en el tomo anterior, los Nos. 8, 9, 11, 15, 16, 20 y 23)

Mujer campesina—y en general las que oyen estas pláticas,—hoy quiero ocuparme en hablarte un poco del vestido.

Es indispensable que el vestido esté de acuerdo con el clima, con las posibilidades económicas de que disfrutes y también de acuerdo con las ocupaciones a que se dedique cada uno de los miembros de la familia.

La mujer campesina es generalmente razonable en la selección de las telas con que viste a la familia y con las que ella misma se viste. Para el campo son adecuadas las telas de algodón, la manta, la "cabeza de indio", los percales y las cretonas, la mezclilla: todas estas telas son baratas, resistentes y se lavan fácilmente.

En los climas fríos se usa mucho la

lana, tejida en las casas de algunos campesinos o de algunos hombres industriales de los pueblos rodeados de rancharías, ejidos u otros poblados rurales. Estas telas de lana llevan ventajas sobre las que pueden comprarse en las tiendas de las ciudades, y que se hacen en grandes fábricas, y dos conveniencias para las familias campesinas: ser de mejor calidad, porque son de pura lana y, además, tener un precio inferior. Algunas veces estas telas no son tan parejas en el tejido como las que se hacen en las grandes fábricas, pero eso no tiene importancia porque para los

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneoud, en San Salvador; puede darle una suscripción al *Repertorio*.

CON don Ernesto Latorre. Apdo. de Correos No. 18, en la ciudad de Panamá, puede Ud. conseguir el *Repertorio*.

trabajos del campo y muchos de la ciudad las telas finas no sirven y es poco práctico querer usarlas.

En la parte central de nuestro país, es muy frecuente que el hombre de campo vista calzón blanco, camisa, huaraches y una cobija pequeña con boca-manga que llaman generalmente "gabán". Completan el traje el sombrero de palma, los huaraches y un morral. Este vestido es razonable y no aconsejaremos a la mujer campesina que trate de modificarlo completamente, con excepción del calzón; esta prenda de vestir sí creemos que puede ser substituída con muchas ventajas por el over-all o sea el pantalón azul de mezclilla con pechera. Este pantalón es más limpio que el pantalón de casimir, tiene un corte mucho más honesto que el calzón, puede enrollarse hasta la rodilla si el trabajo así lo requiere. La mezclilla es de más duración que la manta y también de más fácil aseo; se mancha menos.

El traje de las mujeres más usual es una enagua y blusa de percal y camisa y enagua blanca interior; también se usa con frecuencia una enagua de lana roja, llamada barragán, camisa adornada con labores de mano, especialmente el llamado "pepenado", el punto de cruz y el gancho. También suele usarse el quixquemel y la enagua llamada chincuete. El chincuete es una de las prendas de ropa más bonita que he visto en los lugares fríos y creo que muchas mujeres de los pueblos, con imaginación y buen gusto pueden sacar mucho partido de algunas piezas de ropa que se usan en los ranchos, crear modas hermosas y enseñar a usar todo lo del país con mayores ventajas y buen gusto. Creo que el chincuete habría que hacerlo más corto y también pretinarlo; además, habría que introducir un complemento de la enagua consistente en una especie de "gabán" de hombre, que no fuera más ancho que el pecho y la espalda y que llegara de largo como a la mitad del muslo, cogido a la cintura con un "ceñidor" y puesto sobre una blusa de manta blanca adornada con sencillas labores de punto de cruz, haría un traje muy bonito, cómodo y durable. También creo que el chincuete es muchas veces demasiado ancho y que, con muy poco más de la tela que se usa en una prenda de vestir de éstas, pueden las mujeres hacerse dos enaguas amplias que les den la oportunidad de tener con qué mudarse y mantenerse siempre muy limpias.

Si la Secretaría de Educación consi-

INDICE



AUTORES ARGENTINOS:

Alberto Gerchunoff: *El hombre que habló en la Sorbona*... 5.00  
 Juan María Gutiérrez: *Letras argentinas*. (Echeverría, De Luca, Fray Cayetano, Rodríguez y otros estudios críticos)... 4.00  
 Guillermo Rawson: *Polémicas con Sarmiento*. (Discursos y escritos políticos)... 4.00  
 Carlos Guido y Spano: *Poesías escogidas*. (Autobiografía)... 4.00

Solicítelos al ADR, del Rep. Am.

guiera la cooperación de las jovencitas llenas de entusiasmo y de bondad que hay en estos pueblos nuestros, ellas mismas pondrían el ejemplo, modificando los vestidos regionales y presentándose más bonitas y con el ideal bien definido de ayudar a resolver los problemas de su patria, haciéndose cada cual una mujer capaz de ser orgullo de la raza. Hay una recomendación que no quisiera dejar de hacer y es que no agote la mujer su capacidad de adornar la ropa en una sola pieza; hacer un poco más sencillo el adorno y adornar un mayor número de piezas de ropa, es otra de las cosas que debe procurar toda mujer campesina que sepa hacer labores de aguja.

La ropa de los niños campesinos es generalmente semejante a la que usan las personas mayores y solamente sería conveniente que fuera más abundante,

a fin de que pudieran cambiar ropa limpia por lo menos dos veces por semana.

Elena Torres

México, D. F. 1932.

INDICE



AUTORES ARGENTINOS:

Alberto Gerchunoff: *Enrique Heine, el poeta de nuestra intimidad*... 4.00  
 Alberto Gerchunoff: *La Asamblea de la Bohardilla*... 5.00  
 Juana Manuela Gorriti: *Páginas Literarias*. (Leyendas, cuentos, narraciones)... 4.00  
 José Ingenieros: *Simulación de la locura*... 5.00  
 Horacio Rega Molina: *La víspera del buen amor*... 5.00  
 Arturo Giménez Pastor: *Tres novelas del Plata*... 4.00  
 Ricardo Güiraldes: *Raucha*. (Novela)... 3.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Cuaderno de Apuntes

UN PUNTO DE VISTA

—Ese Mojoso, indecente ladrón... le deshonra su hija porque ha querido a un hombre, y él no se deshonra robando a todo el mundo.

—Es distinto.

—Sí, es distinto.—gritó Quintín furioso.

—Para estos hidalgos de España es distinto; para todos esos hambrones, cursis, petulantes, el honor de las mujeres está más abajo del estómago. ¡Imbéciles!

Pío Baroja

(En la novela *La Feria de los Discretos*. 1922).

Lo que hace los filósofos, Clea, no es, en efecto, la costumbre de criar lengua barba, ni la de cubrirse con un manto raído. Tampoco los vestidos de lino ni la costumbre de afeitarse hace a los sacerdotes de Isis. El verdadero Isíaco es aquel que habiendo recibido, por la vía legal de la tradición, todo cuanto se enseña y practica relativo a estas divinidades, lo somete al examen de la razón, y se esfuerza, por medio de la filosofía, en profundizar toda la verdad.

Plutarco

(En *Isis y Osiris*).

Ni encuentra (1) cómo representa sus oscuras ansias, sus instintos, sus deseos, que no son todavía voluntad. La voluntad de un pueblo es política siempre y toma forma política, conciencia; los deseos son apolíticos. Y nada apolítico se realiza mientras no tome forma política. El apoliticismo es inconciencia o... picardía.

Miguel de Unamuno

Así como el agua se infiltra a través de las montañas, las ideas vencedoras del tiempo y de la distancia se infiltran a través de las generaciones.

S. Pérez Triana

EL EJEMPLO DE LOS PRÓCERES

Se pretendía de mí que permaneciera y callara, continuando en percibir el cuantioso sueldo de más de 300 pesos mensuales, ¡Pero engañar yo a mi país! ¡Decir que estaba sano el árbol que estaba podrido! Eso no, por ninguna consideración humana; piérdase todo norabuena, pero no se pierda el honor. Aquí tiene V. E. otro dato irrefragable para muestra de mis principios. Siempre

(1) El pueblo español.

prefiriendo la verdad, aunque peligrosa y descarnada, a la mentira, aunque segura y lucrativa.

José Antonio Saco

ETIMOLOGÍA

—¿Cómo te atreviste, Luciano, a poner la palabra *gloriola* en nuestro *Sueño* del martes? ¿No sabías que ese puede ser un galicismo desafortunado?

—Fué que, recordando un pasaje de Cicerón donde luce la voz latina *gloriola*, en sentido de vanagloria, dije para mí: Si los franceses pueden usufructuar a Cicerón, ¿por qué los que hablamos castellano no hemos de hacer otro tanto? Herederos ellos, herederos nosotros. Pero luego observé que esa audacia o usurpación debe ser condenada y no imitada, habiendo en nuestro romance docenas de vocablos que expresan aquella misma idea, tales como vanidad, vanistorio, honrilla, vanagloria, tramontana, ventolera y otros muchos.

Por cierto que el pasaje de Cicerón donde se lee la palabra *gloriola*, que es el final de la carta 12 del libro V, es muy notable porque pinta hasta dónde llegaba el humor vanidoso, no orgulloso, del rey de la oratoria. Es una carta dirigida al historiador Luceyo, muy extensa y ponderada por Tulio como uno de sus mejores escritos, en la cual le encarga que «relate sus hechos y los alabe y encarezca aún más de lo que Luceyo crea que merecen; le indica que en esto quebrante, si es preciso, las leyes de la historia; y le ruega que por amor a él afloje las riendas a la pluma más de lo que consienta la verdad». Tanto fascinaba a Cicerón las alabanzas! El pasaje donde está la voz *gloriola* dice así, traducido por Pedro Simón Abril: «Tengo una extraña afición a que antes de mi muerte los que no me conocen me conozcan por tus historias, y yo en vida pueda gozar de aquella honrilla».

En suma, el *gloriola* del *Sueño* anterior fué voluntario desliz, que recojo ahora resueltamente y con pesar de haber dado escándalo a los jóvenes que se ejercitan hoy, en forma muy laudable, cultivando el patrio idioma con el escrúpulo y respeto que empleaban los antiguos, para quienes la admisión de un vocablo nuevo era cosa tan sagrada, que excedía las facultades del senado cuando se trataba de una palabra indigna. Cómo se alteran los tiempos!

Con que no digamos *gloriola*, ni mucho menos incurramos en el vanistorio o en la vanagloria.

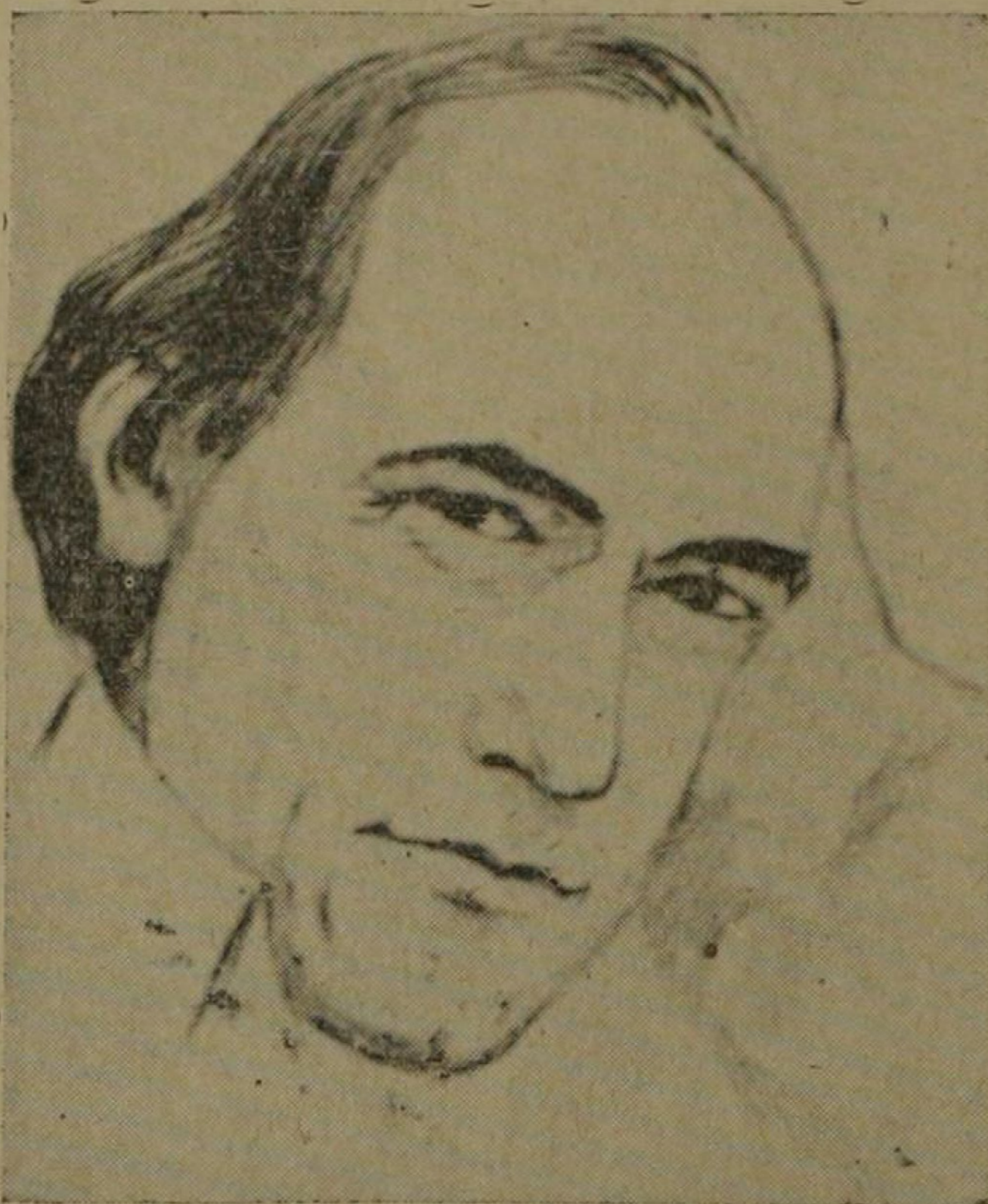
Marco Fidel Suárez

# André Gide o el demonio de la inquietud

= Colaboración =

(2. Véase la entrega antepasada)

Sobre el paisaje de esta alma atormentada por el demonio de la sinceridad—tal como han entendido esta virtud los espíritus esenciales (Pascal, Stendhal, Nietzsche, Dostoievsky)—, se levanta una cumbre austera y peligrosa: el sentimiento de la crítica y la pasión de la conciencia, siempre atentos a las posibilidades de la comprensión intelectual. ¡Son los síntomas de un mal de siglo en cuyos encantos han encontrado su justificación muchas de las escuelas literarias e ideológicas de los últimos tiempos! Pareciera que en este sentido André Gide fuera un precursor de la sensibilidad que despertó, en el mundo actual, la guerra. ¿Serán las características de ella un cinismo estético? ¿Será más bien un dolor en acecho que se venga de los males que le han dejado cien años de literatura? ¿Será más bien el afán de desorientar, por medio del artificio psicológico y de la contradicción intelectual, las posibilidades espirituales de las nuevas generaciones? Ni el cinismo, ni la venganza, ni el artificio psicológico, ni la contradicción intelectual: nos hallamos en presencia de una mezcla de todos estos elementos y de algo más: una especie de compenetración de todas las tendencias de la vida dirigidas hacia una nueva forma de la moral que André Gide, a pesar de su malicia paradójica, cree justificarse en las corrientes del pensamiento anglo-sajón, es decir, protestante. Cuando su sistema de insinuaciones, cuando sus audacias espirituales han inquietado en la medida de sus deseos, aparece siempre un alma que las toma por su cuenta y las explota en su afán de liberaciones estéticas. Es esto lo que ha sucedido con una novela que es un panfleto sentimental contra Occidente. Paul Morand, en la novela a que nos referimos, *El Budha viviente*, cree, como Gide, que nuestro mundo occidental busca su defensa, no en el catolicismo, sino en la reforma, con todas sus consecuencias y sus problemas que crecen, de día en día, con lo que desafía el mecanismo gigantesco de los Estados Unidos. Ah!, pero aquí se señalan otros rumbos, otros sistemas que rectifican lo que en



André Gide hacia 1913

Grabado de Raphaél Schwartz

un principio puede asustarnos en las consecuencias de las doctrinas de este hombre que predica, ante todo, la liberación de la conciencia mediante la sumisión al instinto. ¿No véis aquí el dominio de una filosofía vitalista orientándose hacia la existencia como hacia una forma de la acción racional y de orden superior? Una válvula de escape, de tarde en tarde, nos hace saltar hasta Dios o hasta el diablo, pues las ideas abstractas, en las intenciones de Gide, nunca tienen la rigidez de las acciones humanas. André Gide lo ha sabido siempre: y desde su más temprana iniciación ideológica disciplinó su inteligencia en los azares de esta ruta que lleva, o a la serenación completa del alma o a la locura. Pero cuando la poesía es un elemento de bellezas incandescentes, cuando el arte traza sus constelaciones a través de las ideas y la sensibilidad se ilumina en una vida ardiente y profunda, la locura es flor de conformismo que lleva goce pleno de todas las fuerzas del universo. ¡Qué importa! Se dejará la responsabilidad de los credos al vaivén de los movimientos más opuestos del alma y se dejarán vagar sus antenas perezosas para que se adopten a

las estratificaciones de los siglos hechos hombres, hechos principios, hechos sistemas. Es justamente en un modular de insinuaciones estéticas y de pecados líricos en lo que se ha querido ver la perversidad de André Gide; pero lo que se ataca al condenar su alma al más solitario de los rincones de la moral — allí donde ella fermenta sus posibilidades para hacer que el bien germine sobre un humus de contraste—, es al mundo que lo rodea, al mundo que permite la floración de sus prédicas y de sus credos espirituales. Recordaremos siempre a Stendhal al hablar de Gide, primero porque es uno de los espíritus a los cuales más se asemeja y luego porque constituye un "caso" en la literatura de los tiempos modernos. Fué él mismo quien determinó el año en que sus libros tendrían un valor humano y quien describió, con una precisión alarmante, las crisis que habrían de conmover a sus contemporáneos hipotéticos: ¿Bourget, y el mismo Barrés, no son personajes tardíos del autor del *Rojo y el Negro*? ¿No hay en la mentalidad de los hombres de 1880, en sus diletantismos, en sus análisis egoístas, en sus devociones por la "literatura", en sus amores complicados,

en sus odios feroces, en sus anarquías sentimentales, mucho de lo que nos sorprende en el Julien Sorel stendhaliano, por ejemplo? Y notad que sólo nos detenemos en la parte literaria, al pensar en los últimos descendientes del gran romántico; porque si penetramos en la vitalidad del "egotismo", tendríamos que saltar hasta ciertos espíritus contemporáneos para encontrar la justificación de la sabiduría del supremo analista que fué André Brulard. Por otra parte, sería demasiado insistir en una sensibilidad de fines de siglo, después del testamento que sobre ella nos ha logado la liquidación sentimental y racional de la Guerra. Abandonemos sus ingenuas experiencias para encallar en lo que hallamos en la formación de nuestro espíritu. Vano esfuerzo sería remover ideologías envejecidas, para trazar los planes de la historia intelectual de una generación que no quiere saber nada del pasado para dedicarse a conquistar, libremente, el mundo que se le ofrece ante los ojos, un mundo generoso y magnánimo, fuerte e impulsivo, descendiente del hombrearse de los seres con la muerte, durante largas jornadas, en las cuales el aburrimiento fué el alcohol de toda embriaguez.

Se ha hablado mucho, en los últimos años, del despertar de una estética gidiana y se ha dicho que es incomprendible la influencia tardía de este hombre a quien se ignoró por cerca de veinte años. Se ha preconizado también que nada es más perjudicial que las tendencias de lo que se ha llamado, irónicamente, "el anglicanismo sincero de André Gide". Pero en el fondo de esta alarma se nota un sentimiento de la desaptación de los hombres que no ignoran, no sólo los encantos de este espíritu curioso, cambiante, secretamente enamorado del vicio inmóvil que oculta, para cautivar a sus semejantes, en lo que podría constituir, según una nueva sensibilidad, el dibujo de las ideas, sino también la angustia del momento que vivimos. Porque si hay alguien que se conozca y que conozca perfectamente su época, es André Gide, pues se sabe muy responsable de sus

(Pasa a la página 77)



# Del homenaje chileno a Francisco Contreras

= Envío de Emilio Courbet. Santiago de Chile =

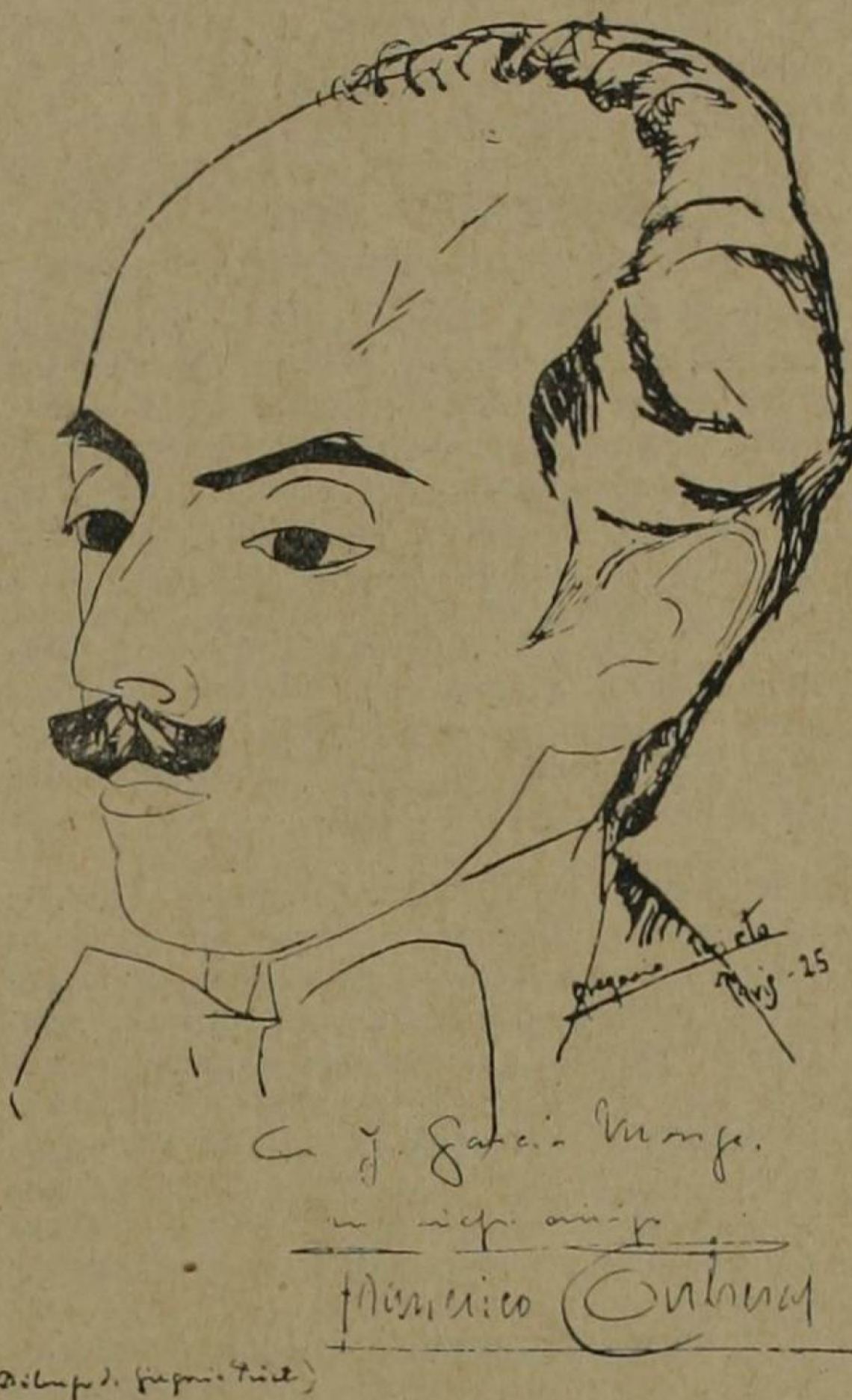
En París, donde residía desde más de un cuarto de siglo, acaba de morir Francisco Contreras, uno de los raros escritores de América que lograran alcanzar una alta y merecida situación en los círculos literarios franceses. En efecto, en el recuento de su dilatada labor artística, pueden señalarse no menos de seis de sus obras traducidas o escritas directamente en francés y dadas a la estampa por editores como Charpentier, Nilsson o Bossard. Por otra parte, fué alrededor de veinte años el redactor de la sección letras hispano americanas del "Mercure de France", en cuyas páginas realizó una fina y discreta labor de difusión de la literatura de este continente. Dos de sus libros, editados hasta hoy solamente en francés, recogieron una parte considerable de esas crónicas, que tanto habrán de servir al futuro historiador de nuestra cultura.

Contreras, junto con Borquez Solar y cerca siempre del inolvidable Marcial Cabrera Guerra, fué uno de los iniciadores fervorosos del modernismo literario en Chile. Lector del Rubén Darío, Lugones, Verlaine, Baudelaire y Remy de Gourmont, levantó en los cenáculos santiaguinos una bandera roja de audacia con sus primeros libros, "Esmaltines" y "Raúl", especies de eucologios de todas las audacias renovadoras e iconoclastas del arte finisecular. El prefacio de su poema, baudeleriano y exquisito, tuvo el eco de una profesión de fe que le valió un severo reparo de Max Nordau y le dió ocasión para reiterar sus ideas en defensa de una concepción personalísima de la literatura.

Con la publicación de "Toison", el mejor de sus libros, Contreras dió a conocer su calidad de poeta original; al concepto parnasiano de la forma el joven escritor agregaba una emoción nueva y refinada a tono con la revolución de que Darío, Lugones y Jaymes Freire eran los primeros abanderados. Pero no hay que buscar únicamente en el poeta el capítulo de la contribución apasionada y ferviente de Contreras en el campo de las bellas letras. El mismo nos lo decía, en el prólogo de uno de sus libros de más universal difusión:

Peregrino del Arte voy al soñado Oriente  
ei acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.

En ese libro, "Los Modernos", en el que habrá de perdurar siempre el recuerdo de su admirable estudio sobre Verlaine, Contreras reveló al público de lengua española toda la flexibilidad de su temperamento de crítico generoso y artista. Habló en sus páginas del pintor Carrière, del escultor Rodín, del novelista Huysmans, del dramaturgo Ibsen, de su siempre bien amado Verlaine, de todo aquello que en su tiempo constituía una atrevida novedad espiritual.



## El gobierno de Chile y la muerte en París del ilustre escritor Francisco Contreras

= Colaboración =

El 5 de mayo de 1933 falleció en París a la edad de 56 años, el eminente crítico y novelista chileno don Francisco Contreras. Lo mató la Comisión de Control de Cambio de su país. Dura lex, sed lex. Voy a explicarme. Es necesario.

Hace algunos meses, al presentar a mis lectores la personalidad de este nuevo colaborador, decía yo que escribir sobre él era casi como intentar trazar un panorama de un cuarto de siglo de literatura hispanoamericana. ¡No exageraba de un ápice al hacer tal afirmación!

Pocos intelectuales de la raza han realizado en Europa una labor tan importante, tan intensamente dinámica y tan desinteresada como la de Contreras, que reunía en una sola mentalidad — un cerebro, un alma —, al escritor de lengua española y al escritor de lengua francesa. En los dos idiomas este hombre infatigable, modesto y estudioso sirvió lealmente a su tierra natal y a Hispano-América.

Sin necesidad de adjetivos altisonantes, sirviéndome de documentos fácilmente comprobables, me esforzaré en trazar en un cuadro rápido, sumario, como lo pide las exigencias del periodismo, la gráfica de esta vida tan noble, tan triste en sus últimos tiempos, tan hondamente emotiva... Apenas me detendré para fijar algún rasgo de la obra y del carácter de quien tanto hizo y trabajó por nuestra cultura en tierras extrañas, y no seré yo quien tenga la culpa de la

(Pasa a la página siguiente)

Y, peregrino del arte como él mismo se bautizó, coleccionó en libros de frágil y armoniosa arquitectura sus impresiones sobre España, Italia, Países Bajos en los que, con la crónica sobre las almas y los paisajes, alternaba el soneto de firme perfil escultórico.

Chile, su patria lejana, no estuvo nunca ausente de su pensamiento ni de su verso. Su poema "Luna de la Patria" es una pieza que no podrá faltar en las antologías del porvenir.

En francés y en castellano habían empezado a publicar prestigiosas editoriales de París y de Madrid las novelas de una serie que Contreras pensaba dedicar a revivir la leyenda poética de su tierra nativa. Tal obra, de la que apenas se ha hablado en Chile, ha recibido la consagración de la más alta crítica europea.

Sería injusto olvidar en estas breves líneas de recuerdo al gran espíritu que nuestras letras acaban de perder su inmensa labor de crítica e información sobre las letras hispano-americanas desarrollada alrededor de veinte años en el "Mercure de France". Uno de sus últimos libros, "L'Esprit de l'Amérique Espagnole", recogía, ampliándolas, algunas de esas crónicas en las que el escritor chileno siguiendo la natural inclinación de su espíritu, se ocupa con ejemplar generosidad de sus compañeros de labor literaria en el continente.

No siempre esta labor noble y desinteresada, cumplida con talento y constancia por nuestro compatriota, fué comprendida ni correspondida con la altura que el autor puso en ella sin vacilación y sin desmayo. Hasta poco antes de su muerte hablaba con amor de su tierra chilena y preguntaba con curiosidad y cariño por los diversos aspectos de la vida nacional que siempre le interesaron a través de los años y la distancia.

Dos grandes obras críticas, publicadas en España y en Francia, marcan el final de su obra literaria. Son ellas sus estudios sobre Rubén Darío y Valéry Larbaud, editada esta última por la "Nouvelle Revue Critique".

Trabajador infatigable, debe dejar al morir más de alguna obra inédita de crítica, novela o poesía que fueron los géneros que cultivó con predilección en su larga y fecunda vida literaria.

Pocos detalles nos llegan de su muerte ocurrida tan lejos de este país, siempre vivo en su recuerdo. El poeta dormirá distante de la luna de la patria que cantó en versos admirables mientras desde nuestro rincón, hay para él una palabra emocionada de gratitud, admiración y cariño para el hombre que tanto enaltecía con su labor literaria el nombre de su tierra nativa.

Armando Donoso

(El Mercurio. Santiago de Chile)

Sorpresivamente, ha llegado la noticia de la muerte del escritor chileno Francisco Contreras. En París. En la tierra a donde se había recogido para huir de las ingraticudes de la suya. Porque era un poeta, un crítico, un hombre de letras, en suma, y, es claro, aquí no podía sentirse bien. Le debe, sin embargo, la lírica chilena, uno de los más finos intentos de modernización en los años en que modernismo era algo así como anarquismo o comunismo para la poesía. El indio triste, Rubén, había llegado no hacía mucho a nuestra tierra y con él el soplo de la renovación poética. El espíritu sensible de Contreras vibró con la nueva sensibilidad y a poco surgió su libro, "Raúl".

Todo estaba en trance de renovación. Lo mismo la lírica que la novela y el cuento. Un viento poderoso pasaba a través de la cordillera, erizaba el mar Pacífico y traía sobre su lomo la sugestión de los grandes autores que darían un nuevo sentido a nuestra precaria realidad estética. Ellos eran Nietzsche, D'Annunzio, Stirner, Kropotkin, Tolstoy, Baudelaire, Dostoyevski, Gorki, Zola, Verlaine, Moreas, etc. Todo en un haz múltiple. Y estos espíritus chilenos, que aun no habían descubierto nuestro paisaje o las dolorosas inquietudes del campesino, comenzaron a sentir que más allá de las ciudades había un alma y un destino que debían pintarse o cantarse.

Contreras fué de los renovadores. Un día se alejó de Chile y ancló en París. Allí comenzó una labor obstinada y paciente. Estudió a los escritores franceses modernos, penetró en las nuevas corrientes estéticas y publicó uno de sus libros más interesantes de crítica: "Los Modernos", en que condensó todo el movimiento literario y artístico de los simbolistas. Siguiéron libros y libros. Contreras se formaba un nombre en la Ciudad Luz, la más difícil para los escritores hispano-americanos. Por fin logró ingresar a la redacción de la revista "Le Mercure de France", y desde una de sus secciones de libros inició esa tarea que sólo debía terminar con su muerte: la de dar a conocer los escritores y las obras de sus compatriotas y demás escritores sudamericanos.

Un día volvió a Chile. Creía encontrar aquí un ambiente propicio y sufrió la más dolorosa equivocación. Pocos repararon en él. El criollo mordaz y malicioso, fiel a su destino de burlarse de los versaineros y hombres de pluma, lo cubrió de ironías y amarguras. Después de todo, ¿quién era ese señor Contreras, que se decía poeta, que escribía en "Le Mercure de France" y se codeaba con Remy de Gourmont, con Paul Adam, con la Condesa de Noailles y otros locos por el estilo? . . . La sonrisilla cazurra, más cortante que el viento cordillerano, le heló el corazón. Sin embargo, el poeta es siempre un poeta, a despecho de la burla y del encono. Y una noche, desde el Ateneo, lanzó, como para mostrar la sensibilidad siempre limpia de su corazón maltratado,

ese poema "Luna de la Patria", que era un canto de amor a la tierra nativa, cuyos hombres tan mal le habían comprendido.

Luna de la patria, luna,  
única, lánguida, grata,

## El Gobierno de Chile...

(Viene de la página anterior)

conclusión a que llegue el leyente sensato cuando, pesando en la balanza las acciones y los hechos, mida la ingratitude y la inhumanidad de quienes, pudiendo salvar a Francisco Contreras, lo dejaron morir de miseria y de abandono en el lecho del dolor. Esto hay que decirlo, y repetirlo con toda claridad, sin eufemismos, sin ocultar nada... y si hoy la vergüenza y la indignación debieran estallar en cada párrafo del discurso, domináremos empero, los sentimientos más legítimos, conservando en esta circunstancia, toda la sangre fría necesaria...

El 5 de enero de 1933, cumpliéndose veintidós años que Francisco Contreras entró en la vieja casa del Mercure de France como redactor de la sección de Letras Hispanoamericanas. Veintidós años en que el poeta, el novelista y el crítico chileno estuvo realizando, desde esta alta tribuna, una labor ejemplar, mesurada, incomparable, hasta ingrata, dando a conocer en un ambiente no siempre propicio, los valores esenciales de nuestros países.

El mismo ha contado en una admirable página biográfica, que fué en 1910 (Contreras vino a París en 1905) cuando Remy de Gourmont, a quien le había enviado su libro *Los Modernos* (1), le escribió para ofrecerle esa Sección del Mercure. El afortunado escritor pidió algunos días para reflexionar. Pero Rubén Darío que residía entonces en París, disipó sus vacilaciones con palabras de estímulo y de encomio. ¡La tarea era realmente difícil y la revista en que se ejercería este magisterio, demasiado prestigiosa y respetable! "Sólo muy raros espíritus,

(Pasa a la página siguiente)

(1) Una obra de crítica publicada en París en 1909.

cuya luz bendita es una  
polvareda azul de plata...

Así se vengó el poeta. Regresó otra vez a Francia, a su rincón de París, decepcionado, triste, pero con el alma siempre dispuesta al canto. Reanudó la tarea de dar a conocer a sus compatriotas escritores desde la revista que le había franqueado su puerta hermética, y como si nada hubiera ocurrido, continuó publicando libros, sobre su maestro, Rubén Darío, sobre literatura hispano-americana. Y novelas. Novelas de la tierra maravillosa, como él decía de la suya, tan ingrata y tan dura. En esas novelas animó la leyenda de los campos, de los esteros, de su rincón nativo, de las consejas y brujerías que hechizaban el alma simple de los labriegos.

Vivía vuelto hacia su tierra, en espíritu. Cantándola. Supremo don del poeta, para el cual la realidad no vale sino a condición de transformarse en belleza. La nostalgia quizá mordía su corazón. ¿Y qué? Llevaba bien escondida adentro la imagen de esa luna, lánguida, única y grata, cuya polvareda azul de plata ya no volvería a encontrar nunca, sino en el sueño definitivo en el cual acaba de dormirse para siempre.

Domingo Melfi

(La Nación. Santiago de Chile)

Conocimos a Francisco Contreras, en 1920, en la antesala de un Ministerio. Todavía "la cuestión del Pacífico" pesaba sobre el gobierno y el país. En el año anterior, don Luis Barros Borgoño había pasado rumbosamente por el Departamento de Relaciones Exteriores. Durante su Ministerio, el Ejecutivo ob-

## JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,  
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,  
Socio Gerente.

tuvo del Congreso la suma de un millón de pesos oro para invertirlos en la propaganda de Chile. Salieron entonces al exterior algunos escritores—recordamos entre ellos a Germán Luco, Alberto Romero, Miguel Luis Rocuant — y también, dos o tres periodistas, don Misael Correa Pastene, Víctor Domingo Silva... Iban a escribir en la prensa extranjera acerca de la tierra nativa y del problema palpitante e insoluble entonces. Por aquellos días, nuestras Legaciones recibieron multitud de folletos, en los cuales se explicaba la posición de Chile, desfigurada por la tenaz y nutrida propaganda peruana. Francisco Contreras residía, desde tiempo atrás, en París y servía a su patria en forma eficaz, inteligente: daba a conocer en la prensa francesa a los poetas y prosistas nacionales. Era la suya una obra generosa y desinteresada. Labor cordial, de compañero y de artista.

En 1920, Francisco Contreras vino a Chile. Alguien le insinuó que el Ministerio de Relaciones Exteriores podría encargarle alguna misión de propaganda en Europa o en Francia. El poeta se tentó, hizo gestiones y... escuchó muchas promesas que jamás vió cumplidas. Cierta tarde, en que solicitaba ser recibido por un Ministro, el hombre de Estado, refiriéndose a la estatura del escritor, dijo a su secretario:

—Este señor Contreras es demasiado chico para hacer propaganda de Chile...

Esta anécdota sintetiza la ingratitud y la incomprensión de esta tierra para con el hombre que la amaba con ternura; que la sirvió, noble y eficientemen-

te, fuera de ella, y que ahora ha muerto.

Francisco Contreras, más decepcionado aún que otras veces, volvió a París. Hundido en el corazón de la gran ciudad, parecía olvidar sus amarguras y encontrar la alegría superior, la cultura, el arte y el contacto con el espíritu armonioso de los hombres de selección.

Se ha dicho que Francisco Contreras fué poeta, renovador rubendariano de la lírica chilena a comienzos de siglo; novelista de cálida sensibilidad que se transparentaba no obstante lo burilado de su estilo; ensayista y crítico de amplia labor destinada principalmente a comentar y divulgar las más nuevas tendencias del arte contemporáneo. Fué todo eso; pero, lo que nosotros no po-

demo olvidar es que, a pesar de vivir en un ambiente cosmopolita, nunca se borró de su espíritu la imagen de la tierra chilena, de sus hombres y de sus valores intelectuales. Lo mismo que en Blest Gana, nuestro paisaje, nuestros tipos y costumbres, conservaron su lozanía en sus ávidas retinas y se encuentran proyectados en muchos de sus libros. Francisco Contreras poseía una auténtica y generosa alma de artista. El resentimiento jamás empañó su corazón, y su obra, desconocida tal vez para nuestro gran público, se irá abriendo paso, para ser valorizada con justicia.

Es lo menos que se le puede ofrecer a su memoria, ahora que el escritor desaparece.

Manuel Vega

(El Diario Ilustrado. Santiago de Chile)

## El Gobierno de Chile...

(Viene de la página anterior)

como Remy de Gourmont, sabían algo de la literatura moderna de la América española; los pocos hispanizantes que entonces había no se ocupaban más que de las letras de ayer. Era menester, pues, no limitarse al simple comentario de los libros nuevos, sino tratar además de las diversas corrientes de las letras del Continente, y presentar a los escritores. Comencé mi labor con una crónica consagrada al movimiento moderno, el modernismo, inspirado por el Parnaso y el simbolismo franceses, y al nuevo movimiento que se iniciaba ya, encaminado a sacudir todas las influencias extranjeras y a inspirarse en el alma y la tierra hispanoamericanas. Luego he presentado, al hablar de sus libros, a los autores más notables o más característicos de las diferentes Repúblicas; a los poetas, a los novelistas, a los críticos, a los escritores de ideas, de historia o de folklore, etc. Ciertamente, esas siluetas eran rápidas y parciales. Pero posteriormente he consagrado crónicas completas o casi completas a nuestros más distinguidos escritores. Era menester también tratar de diversos problemas que se plantean en las letras hispanoamericanas, como el de la lengua algo corrompida en algunas Repúblicas y el de la integralidad territorial, lingüística y literaria amenazada por la agresión del imperialismo de los Estados Unidos".

"Yo no sé si esta labor,—concluye el señor Contreras—ha tenido algún resultado. Pero es un hecho que los escritores hispanoamericanos, tan poco conocidos en Francia en 1911, son hoy considerados por muchos críticos y diversas publicaciones se ocupan de su producción. Es un hecho también que el nuevo movimiento de las letras hispanoamericanas encaminado a inspirarse en el alma nacional y en la tierra está en pleno triunfo y que algunos jóvenes a quienes he reprochado su actitud de desarraigados se han adherido luego a ese movimiento..."

Tal fué el comercio de ideas y de divulgación generosa de don Francisco Contreras desde las columnas del *Mercure de France*. Paralela a esta empresa de alta cultura deben situarse las siguientes obras cuyas también redactadas en francés:

- 1914: "Letres Hispano-Américaines; Poètes d'Aujourd'hui".
- 1917: "Le Mondonovisme".
- 1917: "Les Ecrivains Hispano-Américains et la Guerre Européenne".
- 1919: "Le Chili et la France".
- 1920: "Les Ecrivains contemporains de l'Amérique Espagnole".

1931: "L'Esprit de l'Amérique Espagnole".

En 1924, este "antiguo embajador de las letras hispanoamericanas en París",—como le ha llamado Vasconcelos en nuestra revista *La Antorcha*—publica en francés una magistral y originalísima novela: "La Ville Merveilleuse", editada años después en castellano con el título de "El Pueblo Maravilloso". Numerosos críticos, maestros y jóvenes, de Francia, como Henri de Regnier, Fernand Vandérem, Jean Reyère, Miomandre, Pierre Mac Orlan, Jean Cassou, Pierre Bonardi, le dedicaron en diarios y revistas excelentes y valiosos juicios. En 1927 escribía el señor Contreras a manera de prólogo de su versión española:

"El Pueblo Maravilloso forma parte de un ciclo de novelas que interpretará la vida de la América española y, en particular de Chile, durante los últimos treinta años, en la aldea, en el campo, en la ciudad. Ciclo que se compondrá de diez libros. Esta novela es el primero. El segundo y el tercero:

## INDICE



### LIBROS ARGENTINOS:

Leopoldo Lugones: <i>El ángel de la sombra</i> . (Novela).....	5.00
Jean Paul: (Juan Pablo Echagüe). <i>Teatro Argentino</i> . (Impresiones de teatro).....	3.00
José Gabriel: <i>Farsa Eugenesia</i> .....	4.00
Mariano Fraguero: <i>Cuestiones argentinas</i> .....	4.00
Félix Frías: <i>La gloria del tirano Rosas y otros escritos políticos y polémicos</i> .....	4.00
Guillermo Estrella: <i>Los egoístas y otros cuentos</i> .....	4.00
Fausto Burgos: <i>La sonrisa de Puca-Puca</i> . (Cuentos de una raza vencida).....	3.00
Leopoldo Lugones: <i>Romancero</i> .....	4.00
Cornelio Saavedra, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez, Tomás Guido: <i>Los sucesos de mayo contados por sus actores</i> .....	4.00
Horacio Quiroga: <i>Los desterrados</i> . (Cuentos).....	4.00
Lucio V. Mansilla: <i>Retratos y recuerdos</i> .....	4.00
Benito Lynch: <i>Los caranchos de la florinda</i> . (Cuentos).....	4.00
Mariano Antonio Barrenechea: <i>Excelencia y miseria de la inteligencia</i> .....	4.00
Alberto Gerchunoff: <i>Historias y proezas de amor</i> .....	5.00
Vicente Fidel López: <i>Evocaciones históricas</i> . (Autobiografía. La Gran Semana de 1810. El conflicto y la entrevista de Guayaquil).....	4.00
Benito Lynch: <i>Las mal calladas</i> . (Novela).....	5.00
Juan Bautista Alberdi: <i>Páginas de juventud</i> .....	4.00
Carlos Sánchez Viamonte: <i>Jornadas</i> .....	4.00

Solicítelos al Adm del *Rep. Am.*

## Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

## SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con el uso de la

## SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON  
BOTICA FRANCESA

"La Montaña Maravillosa, El Valle Maravilloso, están escritos ya. Los restantes: La Ciudad, La Selva, la Metrópolis, El Estero, la Tierra, la Catástrofe, están bosquejados o siquiera planeados. Quiera Dios conceder al autor el tiempo indispensable para llevar a cabo su temerario designio".

¡Desgraciadamente, no lo quiso la Comisión de Control de Cambios del Gobierno de Chile! El segundo libro de esta epopeya se publicó en francés con el título de *La Montagne Ensercelée*, mereciendo los elogios unánimes de la crítica de París y de provincia. Andrés Thérive, el severo censor de "Le Temps" llega hasta preguntarse: "¿Se pondrá a la moda Chile en nuestra literatura?" Le preocupación, la inquietud hispanoamericana y chilena fluye en cada nueva concepción del gran literato, sea éste un libro de crítica, trátase de una novela...

La muerte le sorprendió cuando el *Mercurio de France* había comenzado a publicar la primicia del tercer volumen de su ciclo de novelas hispanoamericanas: *La Vallée qui reve*. (El valle que sueña).

Su lucubración en lengua castellana no es menos rica, curiosa y fecunda. No hay que olvidar que Francisco Contreras—como lo hace notar Max Daireaux en su "Panorama de la Literatura Hispano-Americana"—fue el primer simbolista de Chile y que su libro "Esmaltines" publicado en Santiago en 1898 constituyó todo un acontecimiento". En 1902 aparece otro tomo de versos: Raúl. En 1906, ya en París, publica *Toison* y un año después, *Romances de Hoy*. Su grande amigo Darío le prologa en 1911 una colección de poesías, *La Piedad Sentimental*, que tuvo resonancia no tan sólo en Chile sino también en el resto del Continente. Citemos igualmente la *Luna de la Patria* y otros poemas (1913). De sus viajes por Italia, España, Flandes, Holanda e Inglaterra, surgen tres libros de meditación: "Almas y Panoramas" (1910); "Tierra de Reliquias" (1912) y "Los Países Grises" (1916). Su última producción española es una *Vida de Rubén Darío*. "La obra sale de una mano ejercitada en la crítica literaria durante veinte años, en la grande, que es la crítica sin histerismos de admiración ni de aborrecimiento, y de la que Francia ha sido y sigue siendo la enseñadora",—ha escrito con mucho acierto Gabriela Mistral en el estudio que le dedicó a esta *Vida*. Y agrega más adelante: "La obra de Contreras vale por el mejor de esos cursos de conferencias sobre los clásicos que se oyen en las universidades europeas o norteamericanas. Los vale, gracias al tono apaciguado, próximo a lo docente; los vale, por el acopio abundante y la ordenación escrupulosa de la materia, y los vale, particularmente, por la equidad sostenida como un pulso leal a lo largo de la biografía como del estudio literario. Yo la utilicé en mis clases de los Estados Unidos y me sirvió preciosamente".

En el solemne panegírico que el señor Valéry Larbaud le consagra, con motivo de su muerte, en "Les Nouvelles Littéraires", expresa que las novelas de Francisco Contreras: *La Ville Merveilleuse*, *La Montagne Ensercelée* y *La Vallée qui reve* (1933), fruto las tres de su madurez y escritas en francés, permanecerán como un monumento literario único, chileno por el fondo y francés por la forma, y como el símbolo, en la historia literaria, de la fraternidad intelectual de su país de origen y de su país de adopción". Y complementa en otro párrafo el señor Valéry Larbaud, su lucido pensamiento:

"Por sus crónicas del *Mercurio de France*, que en él pierde uno de sus más antiguos y más fieles colaboradores, hizo más que cual-

quier otro escritor de nuestra época por divulgar en Francia y en Europa el conocimiento de la producción literaria de la América Española, mientras que, por los artículos y estudios que enviaba a los mejores periódicos de la América Española, daba a conocer toda la producción literaria del dominio francés a numerosos lectores hispanoamericanos. Por ese lado de su podigiosa actividad de crítico, ha servido generosamente a nuestras letras, y es gracias a él que la mayor parte de los autores franceses del período 1910-1930 fueron conocidos y apreciados por los intelectuales del Nuevo Mundo, de México a Buenos Aires y de Santiago de Chile a la Habana".

Miseria, enfermedad y muerte.—A pesar de esta inusitada producción bilingüe, puede decirse que el señor Contreras no vivía profesionalmente de la pluma. Sus rentas chilenas le permitían una vida holgada de "avant-guerre", con ingresos, con "apartamento" y con vida de "avant-guerre". Fue un golpe tremendo para esta honorable familia sudamericana el decreto del Gobierno de Chile prohibiendo toda exportación de capitales. La enfermedad de Madame Contreras, seguida luego del delicado estado de salud y de la agravación del eximio crítico, imposibilitaron el retorno a la tierra natal.

Para poder atender los ineludibles gastos

de subsistencia, medicinas, médicos, tratamientos, etc., se tuvo que recurrir a la venta forzosa de libros antiguos, muebles, obras de arte, recuerdos de familia, en fin, malvendarse, quemarse, liquidarse a vil precio todo cuanto había sido reunido amorosamente en un hogar de artistas que nada antes había ensombrecido... Todo fué sacrificado a la esperanza de que la vida volviera a triunfar en la noble e hidalga casa de la calle Le Verrier.

Lo ineluctable.—A fines del mes de febrero de 1933, el estado de Francisco Contreras era ya inquietante. Su sola salvación hubiera sido, según la ciencia, sacarle de París y llevarle inmediatamente a la Costa Azul o a la montaña. ¡Pero faltaba lo principal!

La angustiada y desesperante situación del ilustre escritor llegó indirectamente a conocimiento de algunos de sus colegas franceses e hispanoamericanos. Tuve el honor de que se me comisionara para que interviniera ante la legación de Chile, exponiendo el caso, su gravedad y las consecuencias irreparables de una negligencia oficial. Mi gestión verbal fué ratificada en carta certificada que elevé al Encargado de Negocios de esa República, señor Julio Maqueira. Al día siguiente, el 8 de marzo, el Consejero de Embajada, ingeniero Samuel del Campo—que me dijo ser amigo del señor Contreras—me escribió en nombre de la Legación de Chile:

"En respuesta a su carta de fecha de ayer, cúmpleme manifestarle que hoy mismo esta Legación ha solicitado de su Gobierno que autorice el giro de los diez mil francos que necesita el señor Contreras".

Entiéndase bien que lo que la Legación chilena en París solicitó por cable, haciéndose eco de nuestra urgida petición, se concretaba a que el Gobierno autorizara a exportar del país la cantidad de diez mil francos, fondos pertenecientes al propio señor Contreras. Y suma insignificante por lo demás (400 dólares), pero con la cual se hubiera podido hacer frente al viaje inmediato que requería la quebrantada salud de un hombre agotado física y moralmente. El Gobierno de Santiago hizo gala de no responder a nuestra demanda; demanda que había sido acompañada (¡el detalle es importante!) de un certificado médico en donde no se ocultaba la extrema gravedad del enfermo. Todo esto consta en la Legación de Chile en París, instalada en un magnífico palacio de la Ciudad Luz. Dos meses antes de la muerte de Francisco Contreras, yo me permití manifestar a un alto funcionario de esa Legación que, ya no digo por humanidad, sino por decencia exterior, se permitiera en último caso, el envío de fondos, y que, de no llegar éstos en seguida, para poder reanimar a un organismo que pedía grandes dosis de oxígeno, servirían por lo menos para sufragar los gastos de un entierro de quinta clase! (1).

¡Ninguna respuesta de la Cancillería de Chile! Así recompensamos nosotros el servicio de hombres desinteresados, que jamás han ocupado un puesto público, que fueron siempre los eternos embajadores sin sueldo de nuestros países; así ha pagado Chile los honorarios y los honores que le debía a su insigne compatriota; ¡Rehusándole su propio dinero y negándole a un moribundo el derecho de morir en paz! ¡¡Qué tristeza!!

Carlos Deambrosio-Martins

París, mayo de 1933.

(1) Una asociación de letras francesas, contribuyó al entierro con una suma de tres mil francos. ¡Así es Francia la generosa y la calumniada!

## LA COLOMBIANA

### SASTRERIA

#### F. A. GOMEZ Z.



Encontrará los mejores Casimires Ingleses, los mejores materiales, los mejores operarios y los más bajos precios.

HAGA UNA VISITA y será atendido

Teléfono 3283

Frente al «Siglo Nuevo»

## André Gide o el demonio...

(Viene de la página 72)

ideas y de sus temperaturas acercarse a las cumbres del pensamiento que más concuerdan con su siglo y con su propia conciencia. Este escritor es el crítico más fuerte que tiene el pensamiento francés actual. En efecto, a través de su amplia obra, ha abordado todos los problemas del espíritu con una claridad y una penetración que los hacen angustiosos. Y esta angustia sustentada en él por su inclinación a los análisis detenidos y por su tendencia muy personal a las almas en perspectiva vital, es lo que desorienta a sus contemporáneos. Por eso, en la defensa que se hace de la cultura actual—al oponerla a la **obscuridad subconsciente** de Gide—, no se ve sino el temor inevitable a las contradicciones del mundo que nos rodea, que lucha por una serenidad imposible de establecerse en el comercio de las teorías actuales y las realizaciones de un pensamiento esencialmente anárquico como es el que lo gobierna. Gide, por su lado, vela por el espíritu sin orden, porque, dentro de su filosofía desconcertante, es justamente este espíritu el que ordena todas las cosas, el que le da formas precisas a la materia. ¿No será esta movilidad, que busca perennemente un reposo, lo que asusta en sus ideologías?

Va veremos cómo Gide no ha hecho sino sintetizar, en su forma de inquietudes, todo lo que desorienta a la civilización europea, sobre cuya médula medioeval han soplado todos los vientos de un Oriente místico que ha traído en sus libros sagrados, y por medio de sus religiones sabias como los siglos, el pesimismo, esencia de las almas que han tocado la moral y no de las que se conforman con vivir en el umbral de las creencias.

Es indudable que para penetrar en el dominio de inteligencias como las de André Gide es preciso ser un poco supersticioso, pues sus contagios son peligrosos y pueden decidir del rumbo de un alma. Por eso al suponer, desde un principio, un sentido crítico en toda su obra, es necesario desconfiar de sus conclusiones demasiado humanas, porque sufriremos muchas de sus consecuencias, a pesar nuestro. Y es que André Gide, al emprender sus análisis de las inquietudes morales, de los problemas de la fe y de la razón, fuera de toda crisis, ha comenzado por

acercarse a las cumbres del pensamiento que más concuerdan con su siglo y con su propia conciencia.

Hay una especie de continuidad histórica en todo cuanto destruyen sus negaciones y en todo cuanto afirma su optimismo. ¡Lejos de aquí, sombra enervante de la duda! ¡La afirmación, la más dolorosa y humana de las afirmaciones es el postulado de esta inteligencia que se halla dominada, sin embargo, por todas las angustias de la inquietud! ¡Para André Gide ha pasado la época de la duda, que ha hecho triunfar una razón y ha desviado el alma de las temperaturas en que la fe es fecunda!...

La complejidad de este espíritu, rico en perspectivas—cuyas múltiples y contradictorias inclinaciones al devenir del corazón han sido condenadas como una forma del satanismo de la inteligencia—, lo han llevado al goce de las afirmaciones estéticas y de las negaciones morales. Efectivamente, en su sistema contradictorio de sensibilidades, la estética está de manera evidente, fuera de la moral y sus consecuencias, por consiguiente, nada tienen que ver con la salvación de las almas, para las cuales puede bastar cualquier fe humana. No se trata de una discusión artificial de ideas más o menos presentes en los libros que estudiaron las crisis del espíritu en los últimos treinta años anteriores a la Guerra. Volvemos a sentir, al detenernos en los umbrales de estas ideologías alambicadas, las angustias de la sinceridad, complicadas con la fuerza de un satanismo que crea todos los males del artificio y que termina por confundirse con una esterilidad sentimental, que es más grave aun que todas las esterilidades de la inteligencia; en tal actitud de negación emotiva encontramos lo que se ha dado en llamar **el antagonismo de la estética y de la moral** de André Gide. ¿Y qué busca por estas rutas

que no conducen a ningún paraíso digno de los hombres? El mismo lo ha dicho en más de una página: los aspectos más ocultos de su propio yo, en el cual todo es movilidad, aridez, inquietud, en una palabra, contradicción, pues en su curiosidad de la lucha de fuerzas que se destruyen las unas a las otras, sopla un viento de serenidad dolorosa, semejante al soplo solitario del desierto que su inteligencia necesita, de tarde en tarde, con ansiedad humana. Y en el fondo de esta contradicción, a la cual ha llegado por las vías de la sinceridad y por el cultivo enfermizo de su conciencia, ha descubierto la curiosidad. La suya es una curiosidad psicológica que hace accionar a los personajes de su fantasía, en sus infinitas reacciones humanas, con deliberación peligrosa, pues parten de un sentimiento subjetivo de la vida para comprender el mundo. Lo volvemos a ver: en esta inteligencia clara—que se ensaña siempre contra el orden, en el plano de las ideas, como con uno de los enemigos más perjudiciales del hombre—, encontramos a la sinceridad sustentando todas las energías de su alma. ¿Qué es la sinceridad para este espíritu, mitad demonio, mitad ángel? Es esta una pregunta que se le puede plantear a todo el pensamiento contemporáneo, después de los fracasos de las filosofías racionalistas que tratan en vano de resucitar los enemigos de la civilización actual, reveladora de un vitalismo constructivo. Pero en el caso de Gide, que todo lo ha comprendido, que todo lo ha meditado, que todo lo ha vivido, que todo lo ha afirmado y negado a un mismo tiempo, el delineamiento de la **sinceridad** se extiende en un horizonte de ideologías psicológicas perfectamente definidas. Uno de sus discípulos predilectos—el primero en sospechar el peligro humano de estas ideas febriles y solitarias— el eminente crítico francés fallecido hace algunos años, Jacques Rivière, escribió el más terrible de los manuales sobre la sinceridad, en el sentido gi-

diano. Efectivamente, siguiendo el rumbo de esta sensibilidad fría, logró darnos el placer de la experiencia de esta verdad desnuda, descarnada, a la que sólo se llega por medio del cultivo de todo lo que forma la esencia de nuestro ser. Jacques Rivière nos dice de la "sinceridad": "La sinceridad consigo mismo es una virtud peligrosa. No puede aconsejársela porque no hace de un hombre un ser social, ni deseable de sus semejantes, ni es, tampoco, uno de esos deberes universales que forman la docilidad humana. Para ensayarla es preciso estar secretamente elegido..."

Y es con esta "sinceridad consigo mismo" con lo que se alimenta el alma de André Gide: en el comercio de la curiosidad es donde ha hallado sus encantos, que son siempre áridos y desoladores. Pero lo más grave es que ha descubierto que es en lo que duerme más íntimamente en los seres donde se puede sorprender la esencia última de la sinceridad. El ser anormal parece que fuera un caldo de cultivo para este nuevo demonio del conocimiento. ¿Y qué quedará en estas almas cuando todo se haya secado, cuando las lágrimas hayan agotado las reservas de la conciencia, cuando el espíritu no vea más allá de su soledad responsable, otro rumbo que la locura? Ah!, entonces aparecerá en el hombre el artista, si la sensibilidad es un poder de control, pues sus principios estarán basados sobre una conducta en contradicción con el mundo, que es la eterna perspectiva de las morales. En este aspecto es en el que se fundan los adversarios de André Gide para atacar su obra. Sus consecuencias — dicen ellos —, tienen que ser desastrosas, sobre todo si se piensa que nada es más contagioso que las tendencias que tratan de falsear lo que nos han dejado los siglos que han construido las nociones de nuestro automatismo intelectual.

Pero muy luego, muy luego, cuando hemos leído muchas páginas de sus obras, cuando nuestra alma se enciende con lo que canta en estas frases armoniosas, cautivantes, cuando hemos escuchado el rechinar de las ideas más opuestas y dolorosas, salta ante nuestra inteligencia un espíritu de humildad que no espera su salvación sino en la sinceridad. "No espero nada de las pasiones"— exclama, y se entrega, con un

### Doctor JORGE MONTES DE OCA

OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica  
TELEFONOS: Oficina, 2950 -- Habitación 2740

Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujos e inflamaciones del vientre; ensáyelo. Cistitis, Prostatitis, Blenorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseñuida.

placer demoníaco, a los influjos de la razón, para sentir las funciones de un arte puro, tal como lo sorprendemos en los clásicos, es decir, en el arte de la claridad del orden, de la concisión. Ah!, noches tristes en compañía del Inmoralista, al descubrir los males del análisis; ah!, noches más tristes aun, en los umbrales de "la puerta estrecha", al sentir las crisis de la adolescencia, más trágicas que en los personajes de los románticos, más hondas que en los paseos solitarios con los ideólogos de Stendhal, que en los enemigos de las leves de Barrés; ah!, tardes solitarias del desierto en los días en que la arena fué el único alimento del espíritu y en que los horizontes recortados por los datileros, curvos y serenos bajo el brillo de la luna, "cuando aquella niña, de la raza Kabil, de piel negra, de carne perfecta, apenas madura, que transpiraba la voluptuosidad más traviesa y sin embargo más flácida, caía en una vaguedad desconcertante", extendían sus sombras para recoger nuestro olvido y nuestro hastío.

No os deíeis engañar por estos modulares: André Gide sigue siendo el viajero de la inquietud, el inquisidor de todos los males que atormentan siempre a los seres sensibles, y que él hace suyos con el objeto de enseñarnos su cultivo y sus encantos. A pesar de la perfección artística de muchos de sus libros, todos ellos están preñados de la misma nerviosidad, del mismo mal fugitivo, del mismo secreto de la inconstancia de la conciencia, que son las debilidades de sus búsquedas psicológicas. Es esto justamente lo que hace de este espíritu tan curioso uno de los casos más interesantes de nuestra época. Puede acusárselo de un romanticismo introspectivo, de una inclinación por las almas depravadas, de una pasión enfermiza por el mal, que enerva, a la larga, de un apego decidido por "la literatura"; pero lo que se esconde en su conocimiento de muchos de los rodajes del corazón, es una de las tragedias más espantosas. Lo vemos acercarse a los representativos del pensamiento en devenir, siempre en marcha, siempre en crisis; en sus ambientes casi nunca halla lo que busca, sino lo que desea, lo que cree hacerle falta. Después de haber recorrido todos los paisajes

humanos, después de haber agotado todos los horizontes de la tierra, después de haber contagiado todas las almas susceptibles de sus prédicas, ha escrito uno de los libros más cautivantes que hayan salido de su pluma—que nos recuerda, en muchos aspectos, las **Confesiones** de Rousseau — **Si le Grain** ne

**Meurt**... Es una penosa iniciación a su vida de adolescente y de joven, en la que descubrimos algunos secretos de su arte y de sus principios psicológicos, siguiendo la trayectoria de sus actividades literarias, que comienzan en los tiempos del simbolismo. En estos tres tomos de memorias hay una frase que es co-

mo la síntesis de todo lo que sospechamos, de todo lo que sabemos, de todo lo que odiamos, de todo lo que amamos en la estructura emotiva e intelectual de André Gide. Dice, a propósito de su despertar a cierta sensibilidad,— que en la plena madurez de su vida nos dará uno de los libros que mejor representan la época en que apareció, **La Puerta Estrecha**: "Muy a menudo, quemando el **Fon di biau**, llegaba rápidamente esta gárriga hasta donde me arrastraba, desde entonces, esta extraña pasión mía por lo inhumano, por lo árido que, durante largo tiempo, me hizo preferir el desierto al oasis. Los grandes soplos secos, perfumados, la eneguedadora reverberación del sol sobre la roca desnuda, son para mí tan embriagadores como el vino..."

Sobre este paisaje simple, despoblado y profundo en sugerencias, colocad, a muchos años de distancia en que un niño, en sus soledades entristecedoras, encontraba un placer malsano, una figura desgarbada, flaca como en las visiones del Greco, con los ojos perdidos en una vaguedad que le viene de lo más secreto del alma, con una sonrisa que ha masticado la cola del diablo, con una amargura íntima que ha devorado todas las pasiones humanas: ¡tenéis ante vuestras miradas a André Gide! Una que otra sombra amable, pero contrahecha por el vicio, una que otra alma caritativa, pero adolorida por la conciencia, una que otra meditación humilde, pero martirizada por un goce demasiado egoísta... Pasan serenamente, sin embargo, los ojos apagados de la pobre desventurada de **La Sinfonía Pastoral** sobre un paisaje calvinista, lleno de nieves y de eternidades; pasa la otra sombra del pecado hecho mujer, por la oscuridad de un corredor en un viejo castillo de Normandía; pasa la arrogancia de Menalcas que nunca supo dónde estaba el bien y el mal; pasa aquel raro personaje salido de no se sabe qué fondo de la sensibilidad, de tal manera es compleja su hibridez espiritual, Lafcadio. Y se cierra el ciclo de la belleza en un mundo donde se han apagado los astros, como en las lucubraciones de uno de los poetas favoritos de André Gide, el demoníaco William Blake...

## Sonetos inéditos

= Colaboración =

1

Para don Joaquín García Monge

He arrojado la oscura careta de la vida  
y he visto al sol de frente, sin arrugar el ojo.  
Con agua de esperanza he lavado mi herida  
y con pie de firmeza he saltado el abrojo.

Otra vez tengo el alma segura y atrevida,  
el canto de cristal y de nube el antojo,  
y como si volviera primavera florida  
las ilusiones son violetas en manojo.

Rotas las ligaduras de tristeza y de hastío  
que a la tierra me ataban como lazos de muerte,  
en vasta aspiración, con potencia y con brío,  
por el inmenso azul vuelvo a probar mi suerte.  
¡Soy música en el viento, soy alondra que trina  
la armonía celeste, la vibración divina!

2

Para el Lic. don Alejandro Alvarado Quirós

Como lusca en la entraña de la tierra, el minero,  
del metal codiciado el filón escondido,  
fui buscando en mí misma lo eterno y verdadero  
por oscuro sendero largo y desconocido.

El dolor me estrujaba con su garra de acero  
y rompía el silencio grito despavorido,  
mas, tenaz en la lucha, el corazón entero  
para ser y vencer mantenía el latido.

Hoy, por nuevo horizonte nuevo día se inicia:  
tengo el ojo más limpio y el canto más profundo,  
se abaten a mis plantas el odio y la malicia  
y a Dios no me lo esconde la miseria del mundo.  
¡Que, con voz de misterio, toda cosa nacida  
me ha confiado el secreto divino de la vida!

3

Para Adolfo Ortega Díaz

"Hermano mío en el impulso errante  
nunca sabremos nada."  
POREIRO BARBA-JACOB.

Hermano mío en la inquietud y en el anhelo:  
si no sabemos nada lo adivinamos todo,  
y encontramos la clave del Misterio en el lodo,  
lo mismo que en la azul diafanidad del cielo.

Cada forma nos muestra, sin miedo ni recelo,  
su belleza escondida, su diferente modo:  
la gracia de la vida es un breve periodo  
mas la inmortal esencia late allí, tras el velo.

En la frente nos brilla,—luz de Dios que no engaña—  
una intuición precisa que el camino señala.  
Sentimos en la sangre una potencia extraña  
que nos anuncia el canto y nos encumbra el ala.  
¡Y todo lo que vibra y todo lo que inspira  
en el alma nos cabe y nos cabe en la lira!

Claudia Lars

San José, C. R. Julio, 1955.

EN San Juan de Puerto Rico, puede suscribirse al *Repertorio* en la Agencia de Publicaciones NORTE (Salvador Brau No. 9).

León Pacheco

San José de Costa Rica

## Estampas

### La maquinaria pesada de la justicia y el testimonio perdurable del deán Swift

= Colaboración =

Si no trabajáramos con un plan que aspiramos a volver constructivo a fuerza de tenacidad y estudio, hace tiempo habríamos abandonado estos comentarios. El desánimo abre brecha en la voluntad y poco a poco se pierde la fe en todo. Mas, por fortuna, de volverse ruina salva al hombre la compañía de los mayores cuya inconformidad hizo de ellos figuras perdurables. El medio sólo bota miasma mortal. Si no le oponemos nuestro espíritu recio, seremos abatidos. Y el espíritu adquiere reciedad frecuentando al recio. ¿Qué nos dice Swift de la justicia, si desconfiamos de nuestra justicia y buscamos en sus páginas profundas la censura eterna? Nos dice verdades que vuelven descreído al apocado, pero que dan ánimos al que quiere vigilar. A Swift debe oírlo la gente nueva siempre que vea alzarse esa maquinaria pesada de la justicia hecha por gente acomodaticia. Tiene que oír a Swift, porque de su meditación salieron las censuras más terribles y más reales contra el aparato de la justicia. Oyendo a Swift pierden las ataduras a la superstición de que la justicia es lo único que los pueblos han logrado conservar incorruptible. Libertad, el gran inconforme del 1726, de una esclavitud degradante. Por la prédica hecha a través de los siglos, de que el aparato de la justicia rueda con inspiración divina, hemos caído en la sumisión horrible de acatar enternecidos los desastres de esa justicia. Swift tuvo el valor inmenso de censurar para que de la censura perdurable se aprovecharan los pueblos. Habló para hacer conciencia, pero es de tal proporción aplastante la justicia que esa conciencia no se forma ni parece que llegue a formarse.

Divulguemos el juicio severo de Swift, y el que nació para inconforme que haga de él arma de lucha: "Díjele que entre nosotros existía una sociedad de hombres educados desde su juventud en el arte de probar con palabras multiplicadas al efecto que lo blanco es negro y lo negro es blanco, según para lo que se les paga. El resto de las gentes son esclavas de esta sociedad. Por ejemplo: si mi vecino quiere mi vaca, asalaría un abogado que pruebe que debe quitarme la vaca. Entonces yo tengo que asalar a otro abogado para que defienda mi derecho, pues va contra todas las reglas de la ley que se permita a nadie hablar por sí mismo. Ahora bien; en este caso, yo, que soy el propietario legítimo, tengo dos desventajas. La primera es que, como mi abogado se ha ejercitado casi desde su cuna en defender la falsedad, cuando quiere abogar por la justicia—oficio que no le es natural—lo hace siempre con gran fuerza, si no con mala fe. La segunda desventaja es que mi abogado debe proceder con gran precaución, pues de otro modo le reprenderán los jueces y le aborrecerán sus colegas, co-

mo a quien degrada el ejercicio de la ley. No tengo, pues, sino dos medios para defender mi vaca. El primero es ganarme al abogado de mi adversario con un estipendio doble, que le haga traicionar a su cliente insinuando que la justicia está de su parte. El segundo procedimiento es que mi abogado dé a mi causa tanta apariencias de injusticia como le sea posible, reconociendo que la vaca pertenece a mi adversario; y esto, si se hace diestramente, conquistará, sin duda, el favor del tribunal. Ahora debe saber su señoría que estos jueces son las personas designadas para decidir en todos los litigios sobre propiedad, así como para entender en todas las acusaciones contra criminales y que se los saca de entre los abogados más hábiles cuando se han hecho viejos o perezosos; y como durante toda su vida se han inclinado en contra de la verdad y de la equidad, es para ellos tan necesario favorecer el fraude, el perjurio y la vejación, que yo he sabido de varios que prefirieron rechazar un pingüe soborno de la parte a que asistía la justicia a injuriar a la Facultad haciendo cosa impropia de la naturaleza de su oficio. Es máxima entre estos abogados que cualquier cosa que se haya hecho ya antes puede volver a hacerse legalmente, y, por lo tanto, tienen cuidado especial en guardar memoria de todas las determinaciones anteriormente tomadas contra la justicia común y contra la razón corriente de la humanidad. Las exhiben, bajo el nombre de precedentes, como autoridades para justificar las opiniones más inicuas, y los jueces no dejan nunca de fallar de conformidad con ellas. Cuando defienden una causa evitan diligentemente todo lo que sea entrar en los fundamentos de ella; pero se detienen, alborotadores, violentos y fatigosos, sobre todas las circunstancias que no hacen al caso. En el antes mencionado, por ejemplo, no procederán nunca a averiguar qué derechos o títulos tiene mi adversario sobre mi vaca; pero discutirán si dicha vaca es colorada o negra, si tiene los cuernos largos o cortos, si el campo donde la llevo a pastar es redondo o cuadrado, si se la ordeña dentro o fuera de casa, a qué enfermedades está sujeta y otros puntos análogos. Después de lo cual consultarán precedentes, aplazarán la causa una vez y otra, y a los diez, o los veinte, o los treinta años, se llegará a la conclusión. Asimismo debe consignarse que esta sociedad tiene una jergonza y jerga particular para su uso, que ninguno de los demás mortales pueden entender, y en la cual están escritas todas las leyes, que los abogados se cuidan muy especialmente de multiplicar. Con lo que han conseguido confundir totalmente la esencia misma de la verdad y la mentira, la razón y la sinrazón, de tal modo, que se tardará treinta años en de-

cidir si el campo que me han dejado mis antecesores de seis generaciones me pertenece a mí o pertenece a un extraño, que está a trescientas millas de distancia. En los procesos de personas acusadas de crímenes contra el Estado, el método es mucho más corto y recomendable: el juez manda primero a sondear la disposición de quienes disfrutan el poder, y luego puede con toda comodidad ahorcar o absolver al criminal, cumpliendo rigurosamente todas las debidas formas legales".

Medite la gente nueva en la censura formidable del Dean Swift a la justicia. No falta ni sobra renglón en esa página admirable. Tómela al pie de la letra y el cuadro es fiel expresión de la justicia en que están sumidos todos los pueblos. No exagera Swift y si su crítica ha permanecido sin edificar no es sin duda porque le falte grandeza. Los tontos o los comodidosos dirán que es relato de un libro de aventuras y por lo mismo cosa de imaginaria. Pero es relato vivo. No inventó nada Swift. La observación del grande hombre de Inglaterra cogió todos los vicios de la justicia de su tiempo y refirió sucesos que siguen siendo los de la justicia de todos los tiempos. Lo que se hacía en 1726 ante los ojos penetrantes de Swift continúa haciéndose hoy con fidelidad absoluta. Los hombres son en espíritu los mismos. Han ido transmitiéndose la tara abominable del rábula. El que ingresa a la profesión si no tiene, como en el caso de Heine, contextura genial, sucumbe absorbido por la rabilistería que hace de él un tormento del hombre. Y como la justicia es administrada por el abogado, todas las desgracias que el abogado lleva como carga del alma son transmitidas a la pobre justicia. Swift reveló verdades profundas. Nadie otro ha ido a esa caverna con tanta penetración. Nadie otro ha vuelto de esa caverna con un relato más fiel. Divulgar a Swift en su juicio acerca de la justicia que reciben los pueblos es preparar la liberación urgente. La justicia es cosa aflictiva, porque pesa sobre ella la maldición de siglos de rabilistería. En dondequiera que esa justicia tenga que ver con el hombre, hará de su vida algo desgraciado. Lo atormentará, lo llenará de pesadumbre y hasta dará con él en el sepulcro. Los que sirven y se sirven de la justicia forman una humanidad extraña, creada para el enredo, para la maldad, para la discordia y el despojo de honras y bienes.

No exageró Swift. Sus plumazos geniales y eternos volverán iracundo a más de un abogado que oiga la voz del inconforme que dice que no son entretenimiento de cuadros de aventuras, sino expresión formidable de la realidad de todos los tiempos. Pero es urgente crear conciencia contra el sentido de la justicia que viene llenándonos de hocorno. Esa conciencia no la creará la aspiración aislada de una voluntad. Es la obra colectiva la que hará vivo el despertar. Con Swift divulgado como credo contra la justicia, nacerá la liberación

## Página lírica de J. J. Salas Pérez

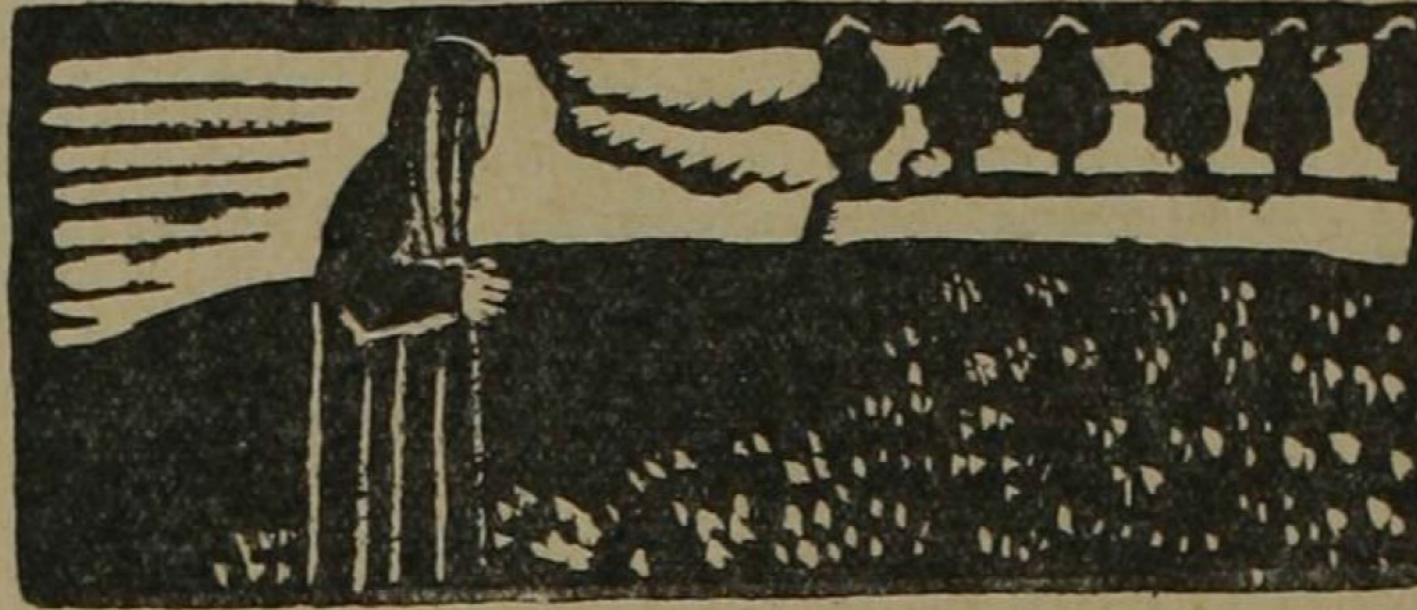
= Colaboración. Ilustraciones de Frco. Amighetti =

### Quisiera, ¡oh madre...!

Quisiera, oh madre, poner blandos plumones bajo las plantillas de tus sandalias, también mi corazón, para que nunca sintieras la dureza de la tierra ni la crispatura dolorosa de los caminos.

Quisiera orlar tu frente con ramilletes de claros luceros para así completar las constelaciones de tu pensamiento.

Quisiera ser ramo de reseda o flor de ilang ilang para colmar el aire que respiras.



Quisiera ser llano florido... para tu descanso, montaña alta para tu meditación y mar infinito para tu ensueño, tu regalo y tu beatitud.

Mas la dura y espantosa realidad me dice: Insensato, ella está muerta, está exánime

en su túmulo, hace ya muchos años...!

Pero toda la poesía de mi vida responde: No, ella está viva y siempre lo estará para mi fe, para mi consuelo y para mi amor.

1933

### Jesús

He ido por todos los caminos de mi vida en busca de Jesús, y el Rabí se aparece ante mis ojos como un mendigo... como un niño... un maestro... o una cruz.

y aprendí en su vida, luminosa cual ninguna, la transfiguración...

Jesús, Amor;  
Jesús, perdón,  
Jesús, sublime,  
eterna inspiración!

1933.

### A...

Sus ojos eran como dos margaritas estelares en un amanecer cuajado de rocío; ojos que miraban al alma con una permanencia ideal...

Sus manos cariñosas tenían la fragancia de las violetas, de las azucenas, de los lirios



### Estampas...

(Viene de la página anterior)

¿Y qué anhelo nos ha traído hoy a la censura de la justicia? El de querer el exterminio del rábula. Cómo sufre el espíritu de alguna sensibilidad, el trato del rábula. La justicia es miserable por el rábula, porque el rábula se ha posesionado de ella y la ha podrido. Pero también fuera de la justicia el rábula diezma la lozanía de los pueblos. Si ya es calamidad inmensa su dominio impuesto sobre la justicia, el mal que sus taras centenarias llevan a otros negocios vitales de las naciones es aterrador. El rábula es chato y su chatura extermina. El propio Swift dejó del rábula este juicio imperecedero: "En todas las materias ajenas a su oficio eran ordinariamente el linaje más ignorante y estúpido; los más despreciables en las conversaciones corrientes, enemigos declarados de la ciencia y el estudio e inducidos a pervertir la razón general de la humanidad en todos los sujetos de razonamiento, igual que los que caen dentro de su profesión". Así es el rábula y el trato que da a la justicia es igual al que da a todos los negocios en que la vida lo pone a trabajar. De modo que la censura tiene que ser fuerte, incesante contra la rabulistería que engendra el rábula. Porque de no acabar con una justicia muerta que viene impartiendo tormento y ruinas, en vano aguardaremos que se libren los pueblos de una pudrición que los hace miserables.

Juan del Camino

Costa Rica y julio de 1933.



Jesús es la oración que un día mi madre me enseñó; santa madre que el cielo ha tiempos se llevó!

El es como lucero fulgente de mi alma y de mi amor; El fué quien de mis ojos, en horas de tiniebla, el llanto evaporó.

Estrella de mi cielo, de mi cielo luminoso, sin nubes de rencor, Jesús es la esperanza y la fe y el consuelo, y el fulgor.

Por sus heridas todas sangró mi corazón y por sus bellos ojos, azules y serenos, miré yo la ilusión.

Por sus palabras dulces yo supe la gloria del perdón,

opulentos en las fuentes de ondas de cristal, espejo de la movilidad eterna de los cielos.

Y su corazón era como un joyero oriental múltiple en zafiros y diamantes; perenne surtidor de ritmos, y aristas y con luces multiformes y radiantes.

En horas de tragedia para el alma vino a nosotros, angelicamente bella, y nos sedujo para siempre con su sonrisa única, con su palabra dócil y con su afecto fraterno.

Sin duda fué la última de las princesas que en el Trianón bailaron el minué.

Creemos que tenía alas...

Con esas alas voló ya hacia las apartadas y desconocidas regiones, objeto de su ensueño, que ella creía siempre muy cercanas...

Alma fraterna: ilumina nuestra senda.

Espíritu gentil: nunca nos abandones en las horas de profunda e inmensa desolación.

Costa Rica, 14 de junio de 1933.